
LA BIBLIA – FUENTES E HISTORICIDAD

LA BIBLIA HEBREA O EL TANAJ, ANTIGUO TESTAMENTO CRISTIANO

El **Tanaj** (del acrónimo hebreo תנ"ך tanaj), también conocido como Mikrá (מקרא, que significa 'lectura' o 'lo que es leído') es el conjunto de los veinticuatro libros sagrados canónicos en el judaísmo. Se divide en tres grandes partes: la *Torá* (Ley), los *Nevi'im* (Profetas) y los *Ketuvim* (Escritos). Los textos están escritos mayoritariamente en hebreo antiguo, aunque también hay pasajes en arameo antiguo (*Libro de Daniel*, *Libro de Esdras*, y otros). El texto hebreo tradicional recibe el nombre de texto masorético.

El Tanaj los cristianos lo denominan *Antiguo Testamento*. Para los católicos el Antiguo Testamento se compone 46 libros en lugar de 24. Las Iglesias protestantes incluyen 39 libros en el Antiguo Testamento, omitiendo 7 libros conocidos como Deuterocanónicos.

Gran parte de la Biblia Hebrea (el Antiguo Testamento) puede haber sido compuesta en el siglo V a. C. Los libros del Nuevo Testamento fueron compuestos, en gran medida, en la segunda mitad del siglo I. Los deuterocanónicos recaen en gran medida en el medio.

La Biblia griega, comúnmente llamada **Biblia Septuaginta o Biblia de los Setenta** (ἡ μετάφρασις τῶν ἑβδομήκοντα), y generalmente abreviada simplemente LXX, es una antigua recopilación en griego koiné de los libros hebreos y arameos del *Tanaj* o Biblia hebrea y otros libros, incluidos algunos escritos originalmente en griego. La gran mayoría de las referencias del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento están tomadas de la biblia griega Septuaginta (LXX), escrita entre el 280 y 30 a. C, que incluye los libros deuterocanónicos, así como también los libros apócrifos. La Septuaginta fue ampliamente aceptada y utilizada por los judíos de habla griega en el siglo I, incluso en la región de Judea, y por lo tanto, naturalmente se convirtió en el texto más ampliamente utilizado por los primeros cristianos, que eran predominantemente de habla griega.

La Vulgata es una traducción de la Biblia hebrea y griega al latín, realizada a finales del siglo IV (en el 382 d.C.), por Jerónimo de Estridón. Fue encargada por el papa Dámaso I dos años antes de su muerte (366-384). La versión toma su nombre de la frase *vulgata editio* (edición divulgada) y se escribió en un latín corriente en contraposición con el latín clásico de Cicerón, que Jerónimo de Estridón dominaba. El objetivo de la *Vulgata* era ser más fácil de entender y más exacta que sus predecesoras.

Torah (en hebreo, תּוֹרָה, literalmente: 'instrucción, enseñanza, doctrina') – **La Ley**

(Se llama **Pentateuco** (del griego πέντε [pénte], 'cinco', y τεύχος [téukhos], 'rollo') en el cristianismo y constituye la base y el fundamento del judaísmo.)

La mayoría de los eruditos bíblicos modernos creen que la Torá llegó a su forma actual en el periodo post-exilio. Los cinco libros que la componen provienen de cuatro «fuentes»: la «Yahvista», la «Elohista», la «Sacerdotal» y la «Deuteronomista» (consideradas por la mayoría de los estudiosos como escuelas distintas de escritores en lugar de individuos), pero muchos estudiosos las reducen de cuatro a dos, «Sacerdotal» y «no Sacerdotal». Existe un acuerdo general sobre que la fuente «Sacerdotal» es post-exilio, pero no existe un acuerdo sobre la(s) fuente(s) «no Sacerdotal».

1. **Génesis** está compuesto de material «Sacerdotal» y «no Sacerdotal». El nombre génesis proviene del griego γένεσις (/guénesis/), 'nacimiento, creación, origen', en Génesis 2:4 En hebreo esta palabra «génesis» se dice תּוֹלְדוֹת ('generación') aunque como título del libro se utiliza בְּרֵאשִׁית (/bereshít/), en 'ivrit o hebreo Be reshith son las primeras palabras de la Torá (y por ende del Tanaj) y significan «En (el) Principio».
2. **Éxodo** es una antología extraída de casi todos los períodos de la historia de Israel. Éxodo proviene del latín exōdus, y este del griego ἔξοδος, éxodos, que significa 'salida'. En el judaísmo, el texto tradicional es conocido en hebreo como Shemot (שְׁמוֹת), término cuyo significado literal es 'nombres'. El principal propósito del Éxodo es mantener vivo en la memoria del pueblo hebreo el relato fundacional de dicho grupo como nación, a partir de la salida de Egipto hacia la Tierra Prometida. El Éxodo se atribuyó tradicionalmente al propio Moisés, pero los eruditos modernos ven su composición inicial como un producto del exilio babilónico (siglo VI a.C.), basado en tradiciones escritas y orales anteriores.
3. **Levítico** es enteramente Sacerdotal y datada en el periodo del Exilio/post-Exilio. El Levítico (en griego: Λευιτικός, Leyitikós, 'acerca de los Levitas'; en hebreo: וַיִּקְרָא [Vayikra], 'y Él llamó') es uno de los libros bíblicos del Antiguo Testamento y del Tanaj. Aunque tenga fragmentos más antiguos, hay consenso entre los estudiosos de la Biblia en que adquirió su actual forma durante el período persa, entre los siglos VI y IV a.C. El libro se denomina Levítico porque se trata, en esencia, de un manual religioso para uso de los levitas, sacerdotes encargados del culto, escogidos de entre los miembros de la tribu de Leví.
4. **Números** es una redacción (es decir, edición) Sacerdotal de un original Yahvista/no Sacerdotal. El Libro de los Números o

simplemente Números (del griego Ἀριθμοί [Arithmoí]) se llama en hebreo במדבר [Bəmidbar].

5. **Deuteronomio**, el nombre proviene del griego τὸ Δευτερονόμιον / τὸ Deuteronomion, la segunda ley; hebreo: דְּבָרִים, Devarim, "estas son las palabras"). Es el último libro de la Torá, comenzó como el conjunto de leyes religiosas (que constituyen la mayor parte del libro), se amplió a inicios del siglo VI a. C. para servir como introducción a la historia deuteronomística, y más tarde fue separado de esa historia, se amplió una vez más, y se editó como la conclusión de la Torá. Muchos eruditos modernos han tratado de afirmar que el Deuteronomio fue escrito posteriormente para acomodar las reformas de Ezequías (716-687 a. C.) y Josías (639 y 608 a. C.) para centralizar la adoración de Israel.

Nevi'im (del hebreo נְבִיאִים, 'profetas') – **Profetas**

Antiguos Profetas:

- *Libro de Josué*
- *Libro de los Jueces*
- *Libro de Samuel*
- *Libro de los Reyes*

Este grupo de libros, además de Deuteronomio, es llamado «historia deuteronomística» por los estudiosos. La propuesta de que hicieron un trabajo unificado primero fue avanzada por Martin Noth en 1943, y ha sido ampliamente aceptada. Noth propuso que toda la historia fue la creación de un único individuo trabajando en el período del exilio (siglo VI a. C.); Desde entonces ha habido un amplio reconocimiento de que la historia apareció en dos «ediciones»: la primera en el reinado de Josías, rey de Judá (finales del siglo VII a. C.), la segunda durante el exilio (siglo VI a. C.). La datación de Noth estaba basada en el supuesto de que la historia fue completada poco después de su último acontecimiento registrado, la liberación del rey Joaquín en Babilonia c. 560 a. C.; no ha sido ampliamente cuestionada, algunos estudiosos han calificado a su razonamiento insuficiente y la historia puede haber sido ampliada en el período post-Exilio.

Cuatro Profetas Mayores:

- *Libro de Isaías*
- *Libro de Jeremías*
- *Libro de Ezequiel*
- *Libro de Daniel*

Los estudiosos reconocen tres «secciones» en el *Libro de Isaías*: Proto-Isaías (el Isaías original del siglo VIII a. C.); Deutero-Isaías (un profeta

anónimo viviendo en Babilonia durante el Exilio); y Trito-Isaías (un autor o autores anónimos en Jerusalén inmediatamente después del Exilio).

El *Libro de Jeremías* existe en dos versiones, griega y hebrea, con el griego representando la versión más antigua.³⁶ La versión griega fue probablemente terminada en el período persa temprano, y la versión hebrea en algún momento entre entonces y el siglo II a. C.

El *Libro de Ezequiel* describe las palabras de Ezequiel ben-Buzi, un sacerdote viviendo en el exilio en la ciudad de Babilonia, y la evidencia interna data sus visiones entre los años 593 y 571 a. C. Mientras que el libro probablemente refleja gran parte del histórico Ezequiel, es el producto de una historia larga y compleja, con adiciones significativas de una «escuela» de los seguidores posteriores del profeta.

El *Libro de Daniel* señala las palabras de Daniel, está entre los Profetas Mayores, fue escrito en tres lenguas diferentes: Hebreo, Arameo y Griego. Estudiosos confesionales, consideran que el libro fue compuesto en el siglo II a. C. o en el Siglo IV a.C., según Flavio Josefo en Antigüedades Judías (Libro XI, Cap.VIII, Secc. 5) a Alejandro Magno se le mostro el Libro en Jerusalén.

Ketuvim (en hebreo: כְּתוּבִים, «Escritos») – **Escritos**

Colección sapiencial:

- *Job*
- *Eclesiastés*
- *Proverbios*

Los libros de *Job*, *Eclesiastés* y *Proverbios* comparten una visión similar que ellos mismos llaman «sabiduría». Es generalmente aceptado que *Job* fue escrito entre los siglos VII y IV a. C., con el siglo VI a. C. como el más probable. *Eclesiastés* no puede ser anterior a c. 450 a. C., debido a la presencia de palabras persas prestadas y expresiones en arameo, pero no posterior a 180 a. C., ya que el escritor judío Ben Sira lo cita. *Proverbios* es una «colección de colecciones» en relación a un modelo de vida que se prolongó durante más de un milenio, y es imposible de fechar.

Obras poéticas:

- *Salmos*
- *Lamentaciones*

El libro de los *Salmos* fue posiblemente, debido a su forma moderna y la división en cinco partes, escrito en el período post-exilio, aunque continuó siendo revisado y ampliado bien en la época helenística, e incluso romana.

Es generalmente aceptado que la destrucción de Jerusalén por Babilonia en 586 d. C. constituye el trasfondo del libro de las *Lamentaciones*.

Históricos:

- *Crónicas*
- *Esdras-Nehemías*

Crónicas fue compuesta entre 400–250 a. C., probablemente en el periodo de 350–300 a. C. *Esdras-Nehemías* (dos libros en las Biblias modernas, pero originalmente uno) puede haber alcanzado su forma definitiva en una fecha tan tardía como el período ptolemaico, c. 300-200 a. C.

Miscelánea:

- *Libro de Rut*
- *Libro de Ester*
- *Libro de Daniel*
- *Cantar de los Cantares*

El libro de *Rut* es comúnmente datado en el periodo persa; *Ester*, en los siglos IV o III a. C.; el libro de *Daniel* puede ser datado en 164 a. C. gracias a su profecía encubierta de la muerte de un rey griego de Siria o en el 332 a.C., según Flavio Josefo en *Antigüedades Judías* (Libro 11, Capítulo 8, Sec. 5) y el *Cantar de los Cantares* podría haber sido compuesto en cualquier momento después del siglo VI a. C.

Deuterocanónicos (del griego δευτεροκανονικός [déuteros], “segundo”, “posterior”; y kanonikós: “perteneciente a una regla o canon”, “canónico”). Nombre dado a ciertos libros, o adiciones de libros que, a lo largo de la historia, no han sido considerados por todos como inspirados. Actualmente son rechazados por judíos y por la mayoría de los protestantes, pero incluidos y aceptados por la Iglesia Católica y por la Iglesia Ortodoxa.

Estos textos y pasajes aparecen en la Septuaginta –una Biblia griega datada entre los años 280 y 30 a.C.–, el texto utilizado por las comunidades judías e israelitas de todo el mundo antiguo más allá de Judea, y luego por la iglesia cristiana primitiva, de habla y cultura griegas.

Tobit

225-175 a. C., basándose en el aparente uso del lenguaje y referencias comunes para el período posterior al exilio, pero con la falta de conocimiento de la segunda persecución de los judíos (siglo II a. C.).

Judit

150-100 a. C., aunque las estimaciones varían desde el siglo V hasta el siglo II a. C.

1 Macabeos

100 a. C.

2 Macabeos

c. 100 a. C.

3 Macabeos

100-75 a. C. «Muy probablemente».

4 Macabeos

Mediados del siglo I d. C.

Sabiduría de Salomón

Finales del siglo I a. C./inicios del siglo I d. C., basándose en la perspectiva compartida con otros trabajos que datan de este tiempo.

Sirácides

196-175 a. C., ya que el autor implica que el sumo sacerdote Simón había muerto (196 a. C.), pero no muestra ningún conocimiento de la persecución de los judíos que comenzó después de 175 a. C.

Adiciones a Daniel

Oración de Azarías (Cántico de los Tres Jóvenes); Bel y el Dragón: finales del siglo VI a. C.; Susana y los Ancianos: posiblemente 95-80 a. C.

Baruc y Carta de Jeremías

Siglo II a. C., como *Baruch* utiliza Sirácides (escrito c. 180 a. C.) y es a su vez utilizado por los Salmos de Salomón (mediados del siglo I a. C.). La *Carta de Jeremías*, cap. 6:1-73 del Libro de Baruc, es a veces considerada como un libro aparte.

REDACCIÓN DE LA BIBLIA HEBREA

Los eruditos mayoritariamente consideran que la Biblia hebrea fue compilada, revisada y editada en el siglo V a. C. para reflejar las realidades y desafíos de la era persa. Los regresados tenían un interés particular por la historia de Israel: puede haber habido varias versiones de los escritos de la Torah (Pentateuco), por ejemplo, durante la Monarquía, pero fue durante el Segundo Templo que fue revisado, quedando algo parecido a su forma actual.

El Libro de crónicas, una historia nueva en aquel momento, refleja las preocupaciones del Yehud persa en su foco casi exclusivo en el Reino de Judá y el Templo. En la era persa, se compusieron varios trabajos de los profetas y algunos más antiguos fueron editados y reinterpretados en este momento.

El corpus de libros de Sabiduría vio la composición del Libro de Job, partes del Libro de Proverbios, y probablemente el Eclesiastés, mientras que probablemente tomara forma en este período también el libro de Salmos (aunque la colección se completara en los períodos helenístico y romano).

EL PENTATEUCO

«El Pentateuco, tal y como lo conocemos no fue fruto de un Moisés del segundo milenio, sino que es el producto final de un complejo proceso literario

—escrito, oral o ambos— que no se cerró hasta un tiempo después del retorno del exilio. Sobre esta cuestión particular hay poca disensión. De hecho, el período postexílico es crucial, y no solo para el Pentateuco. Los períodos exílico y postexílico juegan un papel importante en la formación de todo el Antiguo Testamento.

Desafortunadamente, es común que los cristianos piensen que el «período bíblico» abarca desde el Génesis a la caída de Jerusalén y la deportación de Israel a Babilonia en 2 Reyes 25 (586 a.C.). Este es el grueso de la historia y a continuación Esdras, Nehemías y alguno de los profetas menores forman el epílogo post-exílico que lleva la triste historia a un balbuciente y anticlimático final. La verdad, sin embargo, es que este supuesto período «post-bíblico» es en realidad el período bíblico, es decir, el tiempo cuando el Antiguo Testamento, tal y como lo conocemos, tomó la forma final como colección sagrada de textos.

No hay duda de que Israel documentó, recopiló, contó y volvió a contar porciones de su historia —tanto por escrito como oralmente— probablemente cientos de años antes del exilio. Lo que no parece probable es que los antiguos registros de hechos antiguos, políticas de la corte y los poemas fuesen contados como «sagrada escritura» en ese tiempo. Se trata de un desarrollo posterior cuya motivación fue la crisis nacional de Israel.

El exilio fue sin duda el evento histórico más traumático y por tanto más influyente en la historia antigua de Israel. Los israelitas se contaban como el pueblo elegido de Dios. A ellos se les había prometido la posesión perpetua de la tierra, el glorioso templo como casa de adoración y la descendencia de David como una que se sentaría por siempre en el trono (2 Sam 7:4-16). Todo esto se acabó de forma devastadora con el exilio. El exilio en Babilonia no era una inconveniencia más. El exilio significa para los israelitas que la relación con Dios se había dañado. A Dios no se le podía ya adorar tal y como él requería: en el templo de Jerusalén.

La unión de Israel con Dios había quedado rota: sin tierra, sin templo, sin sacrificios, sin rey. Israel había sido humillado a manos de estas naciones. Israel estaba alejado de Dios. Los vínculos, hasta entonces válidos, con Yahweh, ya no estaban presentes, los israelitas se volvieron a la mejor opción que tenían a su alcance: recobrar su pasado glorioso y volcarlo en su miserable presente por medio de una colección de escritos.

Algunos de estos escritos ya habían sido recolectados o editados durante el exilio o algo después, mientras que otros se compusieron durante estas fechas. Lo que está claro es que el trauma del exilio fue el factor decisivo en la creación de lo que se ha llegado a conocer como la «Biblia». Walter Brueggemann resume bien este consenso académico: Hoy en día se está cada vez más de acuerdo en que el Antiguo Testamento en su forma final es producto y respuesta del exilio babilónico.

La Torá (Pentateuco) probablemente fue completada como respuesta al exilio, y la posterior formación del corpus profético y de los «escritos» [e.d., textos poéticos y de sabiduría] como cuerpos de literatura religiosa (canon) ha de

ser comprendida como un producto del judaísmo del segundo Templo [= período post-exílico].

La pregunta clave que judíos, tanto del exilio como del post-exilio, se hacían era: «¿somos aún el pueblo de Dios? Después de todo lo que ha acaecido, ¿estamos aún conectados con los israelitas de antaño a quienes Dios habló y mostró su misericordia?» La respuesta a tales preguntas fue el narrar su historia desde el principio y desde un punto de vista post-exílico, lo que implicaba editar algunas obras antiguas y crear otras nuevas.

La creación de la Biblia hebrea, en otras palabras, es la autodefinición de Israel como nación y del pueblo de Dios en respuesta al exilio babilónico.» [Peter Enns: “¿Cuándo se escribió el Génesis y por qué es relevante? Breve estudio histórico”. Madrid: Centro de Ciencia y Fe. Documentos BioLogos, 2010]

SOBRE LA AUTORÍA MOSAICA DEL PENTATEUCO

«Y cuando acabó Moisés de escribir las palabras de esta ley en un libro hasta concluirse, dio órdenes Moisés a los levitas que llevaban el arca del pacto de Jehová, diciendo: Tomad este libro de la ley, y ponedlo al lado del arca del pacto de Jehová vuestro Dios, y esté allí por testigo contra ti. Porque yo conozco tu rebelión, y tu dura cerviz; he aquí que aun viviendo yo con vosotros hoy, sois rebeldes a Jehová; ¿cuánto más después que yo haya muerto?» [Deuteronomio 31,24-27]

Las Escrituras son claras en cuanto a que Moisés escribió el *Pentateuco*, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento (Dt. 4,14; 5,1-2; 1 R. 2,3; 8,9; 2 R. 14,6; Es. 7,6; Neh. 1,7; 8,1; Sal. 103,7; Dn. 9,13; 2 Cr. 23,18; 25,4; Mal. 4,4; Mt. 19,7-8; 22,24; Hch. 3,22; 7,37-38; Ro. 10,19; 1 Co. 9,9; Heb. 9,19; Ap. 15,3).

Sin embargo, aferrarse a la autoría mosaica del Pentateuco plantea una pregunta interesante: ¿quién escribió la muerte y el entierro de Moisés en *Deuteronomio* 34?

La expresión “libro de la Ley de Moisés” aparece ya en *Jos* 23,6. La frase queda estereotipada y vuelve a reaparecer en los tiempos posteriores al exilio. Los autores del Nuevo Testamento, conformándose con la creencia ambiental judaica, presentan a Moisés como autor de los libros designados con el nombre de la “Ley”. La tradición cristiana siguió esta misma pauta. Solo cuando en los últimos siglos se descubrió la ciencia crítica de la historia se planteó el problema del origen mosaico del Pentateuco. Los historiadores, que prescinden del elemento sobrenatural en la historia de Israel, negaron casi en bloque la paternidad mosaica del Pentateuco. Los autores católicos modernos más calificados admiten sin dificultad la existencia de diversos estratos literarios (documentos, tradiciones orales) en la formación del Pentateuco, aunque suponen que el núcleo primordial del mismo llega hasta los tiempos de Moisés. No concuerdan al determinar las fechas de los diversos documentos o tradiciones, pero las escalonan desde los tiempos del Éxodo hasta los de *Esdras* en el siglo V a.C. Según la doctrina oficial de la Iglesia, no se puede atribuir a Moisés globalmente el *Pentateuco* tal como hoy lo tenemos, en su

misma estructura literaria, ya que hay ciertos estratos legislativos e históricos posteriores a Moisés. Sin embargo, tampoco acepta la hipótesis de que los documentos o tradiciones diversos son posteriores a Moisés. Aunque hayan recibido una redacción definitiva en tiempos de la monarquía israelita y aun después del exilio (documento sacerdotal).

El Génesis

Génesis es el primer libro de la Torá o Pentateuco y, por tanto, también es el primer libro del Tanaj judío y del Antiguo Testamento de la Biblia cristiana. En hebreo los libros del Pentateuco se conocen por su primera palabra, así que para los hebreos este libro es Bereshit ('En el principio').

El nombre génesis proviene del griego γένεσις (/guénesis/), 'nacimiento, creación, origen', en Génesis 2:4 En hebreo esta palabra «génesis» se dice תולדות ('generación') aunque como título del libro se utiliza בְּרֵאשִׁית (/bereshít/), en 'ivrit o hebreo Be reshith son las primeras palabras de la Torá (y por ende del Tanaj) y significan «En (el) Principio».

El Libro del Génesis no menciona a ningún autor. Muchos estudios académicos están de acuerdo en que tiene varias fuentes, redactadas por varios religiosos, por ejemplo, en la época del cautiverio en Babilonia, y que tiene muchos autores. Estos textos fueron compuestos de manera independiente entre el 950 y el 500 a. C. y sufrieron numerosos procesos de redacción, culminando en su forma actual alrededor del 450 a. C.

El Éxodo

El Éxodo se refiere a la esclavitud de los hebreos en Egipto y la epopeya que condujo a liberarlos de tal condición, haciendo de ellos un grupo libre, con identidad nacional propia y a su vez provisto de Ley. Tradicionalmente, tanto judíos como cristianos atribuyen el libro del Éxodo, así como también todos los demás libros del Pentateuco, a Moisés.

Los elohístas son identificados como únicos responsables del episodio del becerro de oro, y la tradición sacerdotal es autora de las instrucciones para crear el tabernáculo, las vestimentas y objetos rituales, así como de la descripción de la creación de los mismos.

Tres autores o equipos de escritores tradicionales son a su vez también autores de cada una de las partes del código de la ley, la tradición elohísta, del Pacto; la sacerdotal, del decálogo ético; y la yavista, del decálogo de rituales. La hipótesis documentaria sostiene que las demás partes del libro del Éxodo emergieron a partir de versiones entremezcladas de la tradición yavista, elohísta y sacerdotal.

Algunos investigadores suponen que la tradición hebrea podría estar basada en fragmentos o restos de hechos reales y plantean la posibilidad de que haya ocurrido más de una expulsión de grupos semíticos desde Egipto en dirección a Canaán.

Para Sigmund Freud el éxodo pudo haber tenido lugar en tiempos de Amenhotep IV (1353-1336 a. C.), a quien se conoce también como

“Akenatón”. Entre ellos se destaca Sigmund Freud, quien expresa tal convicción en su obra *Moisés y el monoteísmo* (1934-1939). Freud sostiene que la conexión monoteísta entre Akenatón y Moisés es sugerente y bien podría constituir una solución para el enigma que emana del libro del Éxodo.

Algunas contemplan olas migratorias que pudieron haber dado lugar no solo a uno sino a varios éxodos. Sea como fuere, la “hipótesis de los dos éxodos” acaso responda mejor que otras a lo ocurrido en términos históricos al sugerir diferentes restos recogidos por la tradición oral hebrea que, con el paso del tiempo, fueron entremezclándose y por último se fusionaron, dando lugar a la narración del libro del Éxodo.

«Parece cada vez más evidente que la narración del *Éxodo* era una metáfora de liberación del dominio extranjero. La narración toma forma en el siglo VIII a.C., influenciada por las deportaciones asirias como la de Sargón (720 a.C.). Concluye Liverani (*Oltre la Biblia. Storia antica di Israeli*, Bari, 2003) que, en los siglos VI-V a.C., se elaboró el proceso de los sucesos del *Éxodo* y de la conquista de Canaán, en función de los acontecimientos de la deportación de Babilonia (597 a.C.) y del retorno de los allí deportados, visto como un nuevo *Éxodo*. A esta etapa corresponde el esquema de culpa/castigo, mientras que la travesía del desierto probablemente debe mucho a la experiencia de las deportaciones imperiales.

La salida de Egipto y la entrada en Canaán es la historia más artificiosa y complicada de todas las tradiciones del *Antiguo Testamento*. En la narración del *Éxodo* y en la entrega de la Ley hay elementos muy tardíos. La descripción del viaje por el desierto es, evidentemente, una composición tardía que responde a cómo podían imaginar este hecho grupos de judíos urbanos residentes en Babilonia o en Jerusalén.

La conquista de Canaán respondería a un esquema preconcebido por los que volvían a Palestina en época persa. Josué sería el modelo de líder que capitaneaba estos grupos. La narración bíblica de la conquista es un artificio para subrayar la unidad de acción de las Doce Tribus. Las contradicciones internas son numerosas y se deben a la mala utilización de diferentes tradiciones que, con el paso del tiempo, se han ido estratificando. Finalmente, Liverani puntualiza que el *Libro de Josué* hay que leerlo en clave de los problemas que suscitaba la posesión de la tierra en aquellos que volvían del destierro de Babilonia, y añade que los confines de Israel son claramente utópicos, al igual que la descripción territorial de las Tribus que puede leerse en Ezequiel.» [Blázquez Martínez, J. M. / Cabrero, Javier: *Nuevas investigaciones sobre la Biblia: más mito que historia*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005, p. 94-95]

Deuteronomio

«El Deuteronomio se compone en gran medida de discursos que Moisés comunica antes de la entrada a la Tierra Prometida (aunque a él no se le permite entrar en Canaán). La opinión tradicional presenta a Moisés como su autor, aunque Deuteronomio nunca declara esto.

De hecho, el mismo contenido del libro va en contra de ello. Una de las primeras razones es que el libro se escribe usando la tercera persona del singular acerca de lo que Moisés dijo e hizo. En 1:5 leemos «resolvió Moisés proclamar esta ley, diciendo». Alguien distinto a Moisés estaba escribiendo esto. Insistir que Moisés fue quien escribió acerca de sí mismo en tercera persona va más allá de las implicaciones del propio texto.

De igual forma, el comienzo del Deuteronomio impide que Moisés sea su autor. El primer verso del Deuteronomio dice «Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel a este lado del Jordán». De nuevo, se trata de un comentario acerca de Moisés y se encuentra en tiempo pasado. Observemos además que se pone en boca de alguien quien aparentemente cruzó al otro lado del Jordán, en Canaán, cuando sabemos que Moisés no lo hizo (Nm 20,12 y Dt 32,48-52), lo cual indicaría claramente que Moisés no pudo ser responsable de la edición final del Deuteronomio.

Los versos 6 y 10 son especialmente importantes, ya que tras leer acerca de la muerte y entierro de Moisés, dice el v. 6: «y ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy». El verso 10 añade: «Nunca más se levantó un profeta en Israel como Moisés». Que no se conociera la ubicación de la tumba de Moisés sugiere que había transcurrido un largo espacio de tiempo. Si no fuera así, habríamos de argumentar que Moisés escribió acerca de su futura muerte en tercera persona y en tiempo pasado, anticipando además que su lugar de enterramiento no sería conocido, lo cual demanda mucha credulidad. Este hecho hace que sea extremadamente improbable el pensar que alguien de la generación de Moisés (p. e., Josué) escribiera esto a menos que concluyamos que tras una generación los Israelitas habían ya olvidado dónde habían puesto el cuerpo de Moisés. Lo mismo se aplica al verso 10: «nunca más se levantó un profeta en Israel como Moisés».

Esta afirmación no tiene sentido a menos que haya pasado una, dos, tres o cuatro generaciones. Está claro que un escritor nos está relatando acerca de lo que Moisés dijo e hizo mucho tiempo atrás. Así que, ¿quién escribió Deuteronomio? Jerónimo, Padre de la Iglesia (347-420 d.C.), sin mucha fanfarria ni elaboración sugirió una explicación sobria acerca del relato de la muerte de Moisés. Jerónimo sugirió que la expresión «hasta el día de hoy» de Dt 34:6 se refiere al tiempo de Esdras (mediados del siglo V a.C.), un retornado del exilio babilónico. Jerónimo no dice que Esdras sea el autor de todo el libro, o incluso más que del verso que hemos comentado. Tampoco afirma por qué eligió un candidato post-exílico y no otros más lógicos como Josué, David o Salomón, o alguien más cercano en el tiempo.» [Peter Enns: "¿Cuándo se escribió el Génesis y por qué es relevante? Breve estudio histórico". Madrid: Centro de Ciencia y Fe. *Documentos BioLogos*, 2010]

LA TEORÍA DE LAS FUENTES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La tradición sostiene que Moisés escribió el Pentateuco los cinco primeros libros de la Biblia entre el 1450 al 1410 a. C., inspirado por Dios. Pero el diverso uso de los nombres divinos refleja diversidad de autores. En el

Génesis, los nombres de Elohim y Yahweh aparecen en una proporción equilibrada, mientras que en los libros siguientes prevalece el nombre de Yahweh.

La designación Yahweh-Elohim aparece veinte veces en el Génesis y una sola en el Éxodo. En la colección elohística del Salterio, el nombre de Yahweh fue sistemáticamente cambiado por el de Elohim. Las versiones antiguas no coinciden en traducir los nombres divinos, esto es un indicio de diversidad de documentos primitivos.

La lectura de los primeros capítulos del Génesis ha sido motivo de discusión por la variedad de detalles, como el uso de nombres diferentes para referirse a un mismo Dios. Esto llamó la atención de quienes creían que Moisés no era el autor del Génesis o, por lo menos, que no era el único autor, y que quizás los autores fueran posteriores a Moisés y recogieran tradiciones religiosas distintas dentro de Israel.

A partir del siglo XVII, la atribución del Pentateuco a Moisés fue puesta en duda, entre otros, por Spinoza. En el siglo XVIII, Jean Astruc reforzó esta noción con argumentos de crítica textual; en ambos casos no se negó la existencia de Moisés. A partir del siglo XIX se intentó ubicar a Moisés en el Imperio Nuevo de Egipto, relacionándolo con figuras como Akenatón o Ramsés II.

A principios del siglo XVIII, el teólogo luterano Henning Bernhard Witter publicó un comentario del Génesis (*Jura Israelitarum*, Hildesheim 1711) que provocó críticas considerables por parte de los representantes de la interpretación tradicional de la Biblia que mantenían la teoría de la inspiración divina de la Biblia.

Witter no cuestionaba a Moisés como autor del *Génesis*, pero asumía que Moisés se había basado en diferentes fuentes orales cuando escribió el *Génesis*. Esto, sin embargo, se consideró incompatible con la doctrina luterana ortodoxa sobre la inspiración divina.

El verdadero logro de Witter es haber llamado la atención sobre las características distintivas de los diferentes estilos narrativos del Génesis. El comentario de Witter llevó al médico francés Jean Astruc, quien finalmente creyó incluso reconocer la autoría de al menos cuatro autores diferentes y vio a Moisés menos como autor que como editor, como editor de varias historias de creación.

En 1753, el médico francés, hijo de un pastor protestante de origen judío, Jean Astruc (1684-1766) publicó en Bruselas una obra titulada: *Conjectures sur les mémoires originaux dont il paroît que Moyse s'est servi pour composer le livre de la Genèse*, en la que demostraba la existencia en el Pentateuco de una fuente elohista y una yahvista, aunque pronto se dio cuenta que existía una tercera fuente. Astruc fue tenido mucho tiempo como el fundador de la crítica del Pentateuco.

Cien años más tarde, en 1853, un teólogo alemán evangélico y orientalista, Hermann Christian Karl Friedrich Hupfeld (1796-1866) publicó en Berlín un

libro titulado *Die Quellen der Genesis und die Art ihrer Zusammensetzung* ('Las fuentes del Génesis y la naturaleza de su composición'). A partir de esta publicación, se impuso en el ámbito científico la teoría de las fuentes.

El teólogo alemán Julius Wellhausen (1844-1918) formuló en la segunda mitad del siglo XIX, en *Die Komposition des Hexateuchs* (1878) y *Prolegomena zur Geschichte Israels* (1878), la hipótesis documental, según la cual la religión de Israel no tiene nada de sobrenatural en sus orígenes.

La hipótesis documentaria de Wellhausen propone que la Torá originalmente se componía de cuatro narraciones distintas, cada narración era independiente y completa en sí misma, cada una relataba los mismos incidentes y personajes, pero cada relato tenía un "mensaje" e "intención" distinta de los otros. Las cuatro fuentes fueron combinadas en múltiples ocasiones por editores ("redactores") que se esforzaron por mantener, en lo posible, la mayor cantidad de documentos originales.

El monoteísmo sería sólo un producto tardío de la evolución religiosa hebrea a partir de una espiritualidad más primitiva, común a los pueblos del Antiguo Medio Oriente.

El Pentateuco sería el producto de unas cuatro distintas fuentes documentales redactadas entre el 950 y el 500 a. C. y combinadas luego en un único texto – el Pentateuco actual – por un editor o editores finales hacia el 450 a. C., es decir, estamos en presencia de un texto que corresponde principalmente al post exilio babilónico.

La tesis del teólogo alemán se hizo ampliamente popular en Gran Bretaña y Estados Unidos, especialmente a medida que avanzaban los puntos de vista de una teología más liberal.

Esta popularidad se debe a la atmósfera evolucionista en el mundo científico y académico de entonces. La Biblia era el producto de una larga evolución religiosa del antiguo Israel, en lugar de una revelación sobrenatural como se había creído tradicionalmente.

La idea central de que el texto bíblico que tenemos hoy es el resultado de una evolución de tradiciones religiosas más o menos independientes dentro de Israel se extendió a todo el Pentateuco y luego a toda la Biblia hebrea.

La hipótesis documentaria bíblica formulado por Julius Wellhausen distingue al menos cuatro documentos o tradiciones en la estratificación literaria del Pentateuco:

La fuente J o Yahvista (950 a.C.)

La fuente *J* corresponde a la fuente Yahvista, es decir, la que conocía a Dios por su revelación como Yahweh, la más antigua de todas, probablemente hacia el 950 a. C. en el Reino de Judá. La fuente Yahvista (*J*), que se caracteriza por su estilo elocuente, imaginativo, encantador, descriptivo y antropomórfico, con fuerte inspiración poética.

Esta es la fuente más antigua y trata de narraciones que constituyen la mitad del Génesis y del Éxodo más unos fragmentos de Números.

Describe a un dios parecido a un ser humano, llamado Yahweh (o más bien Yhwh) en todas partes, y tiene un especial interés en el territorio del reino de Judea y personas relacionadas con su historia.

El texto fue originalmente compuesto hacia el 950 a. C., no mucho antes de la división del Reino Unido de Israel en el reino del norte de Israel y el reino del sur de Judá en el año 922 antes de Cristo, por lo que es la fuente más antigua.

La fuente E o Elohísta (850 a. C.)

La fuente *E*, que aparece por primera vez en *Gén* 15, es el documento elohísta, procedente de aquellos israelitas que conocían a Dios como Elohim, probablemente hacia el 850 a. C. en el Reino de Israel. El texto es anecdótico, preocupándose poco por la visión de conjunto. Tiene un estilo moderadamente elocuente.

El autor es más narrador que historiador. Detalla los nombres buscando explicaciones folklóricas y etimológicas, y suele localizar geográficamente los hechos.

Destaca la trascendencia de Dios, que suele manifestar en visiones y sueños, y es muy exigente en materia de moralidad. Tiende a considerar a Abraham y a Moisés como "profetas".

Esta fuente es paralela a *J*, duplica a menudo las descripciones. Constituye una tercera parte del Génesis y la primera mitad del Éxodo, además de fragmentos de Números.

Describe a un dios parecido a un ser humano, inicialmente llamado Elohim, y Yahveh después del incidente de la zarza ardiente, donde Elohim se revela a sí mismo como Yahveh. Se centra en el reino de Israel y en el Shiloh sacerdocio.

La fuente D o deuteronomica (620-621 a. C.)

La fuente *D* corresponde a los compaginadores de la ley del Deuteronomio, presumiblemente hacia el 620-621 a. C. en Jerusalén durante el periodo de reforma religiosa. De estilo oratorio y parenético (busca la exhortación o amonestación). Dios aparece vinculado a Israel. Tiende a destacar el carácter providencialista de Yahweh sobre su pueblo, en insiste en defender los derechos de los desvalidos. Este "humanitarismo" es similar al predicado por los profetas anteriores al exilio.

Esta fuente toma la forma de una serie de sermones acerca de la ley, y consta en la mayor parte del Deuteronomio. Su término distintivo para dios es Yhwh Elohainu, traducido como 'El señor nuestro Dios'.

La fuente P o sacerdotal (*P* = alemán Priestercodex – 450-400 a. C.)

La fuente *P* es la fuente sacerdotal, desarrollada en el 450-400 a. C. por el grupo de los antiguos sacerdotes judíos (kohanim) durante el exilio en

Babilonia. Es fundamentalmente de índole legislativa, y los hechos narrados están enmarcados en un esquema redaccional que refleja preocupaciones levíticas (levita: Israelita de la tribu de Leví, dedicado al servicio del templo).

Esta fuente tiene un bajo nivel de estilo literario: estilo seco, monótono y busca ante todo el orden y la claridad, dando precisiones cronológicas e indicaciones genealógicas.

Pretende justificar las grandes instituciones culturales: descanso sabático, práctica de la circuncisión, origen de las fiestas y del concerniente al templo de Yahweh. Tiene un concepto jurídico-cultural de la historia de Israel, destacando la presencia divina justamente con su justicia y providencia, que establece alianzas con Noé, Abraham y Moisés. El culto es una barrera aislante de la divinidad, que no entra en relación con los hijos de Israel sino a través de sus intermediarios los sacerdotes y levitas.

Preocupados con la centralización del sacerdocio, y con listas (especialmente genealógicas), fechas, números y leyes. *P* describe un dios distante y despiadado, a quien llaman Elohim. *P* copia partes de *J* y *E*, pero altera detalles para resaltar la importancia del sacerdocio. Consiste en cerca de un quinto del Génesis, partes substanciales de Éxodo y Números, y casi todo el Levítico.

Redactor R (750 a. C.)

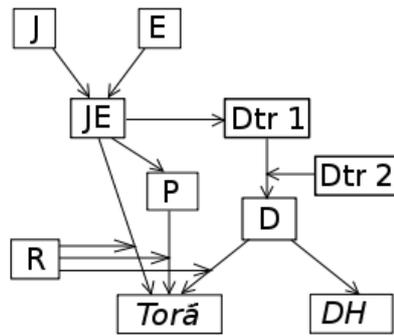
Los redactores de la Torá comenzaron con la combinación de *J* y *E* para crear la versión *JE*, hacia el año 750 a. C. La adición de *D* generó *JED*. Los redactores denominados *P*, pusieron el trabajo en su forma definitiva ca. 400 a. C. Gran parte de esta tradición fue escrita durante el exilio del pueblo judío en Babilonia, provocado por la ocupación de Israel que hiciese el Rey Nabucodonosor.

La hipótesis de Wellhausen se convirtió en la opinión dominante sobre el origen del Pentateuco durante gran parte del siglo XX. La mayoría de expertos contemporáneos aceptaron, de alguna manera, la hipótesis documental de la Biblia, los académicos, de hecho, siguen recurriendo a la terminología de Wellhausen y sus conocimientos.

Mientras que la hipótesis ha sido criticada y cuestionada por otros modelos, especialmente en la última parte del siglo XX, su terminología y las ideas que expone siguen proporcionando el marco para las teorías modernas sobre la naturaleza compuesta y orígenes de la Torá y la compilación Bíblica en general.

Diagrama de las diversas fuentes o "tradiciones"

postuladas por la hipótesis documentaria bíblica [fuente: *Wikipedia*]



CONTROVERSIA SOBRE LA TEORÍA DE LAS FUENTES BÍBLICAS

Wellhausen fue atacado y denostado como enemigo de la fe, racionalista subversivo y negador de la revelación divina. Si la Biblia había sido compuesta por diversos redactores, no se podía seguir creyendo que era "palabra de Dios" revelada. La intención del método histórico-crítico era "comprender el contenido religioso del Viejo Testamento como un producto de la evolución histórica" (Wellhausen) y no como un texto concebido de forma unitaria, revelado directamente por Dios y escrito, preferentemente, por el mismo Moisés. Resignado, el teólogo alemán abandonó la facultad de teología y se cambió a la de filosofía.

Durante gran parte del siglo XX, la hipótesis de Wellhausen creó el marco donde se discutió el origen del *Pentateuco*, e incluso la Santa Sede, firme crítica del estudio bíblico secular en el siglo XIX, llegó a aceptar los métodos, pero no los resultados, de la fuente y de la crítica formada.

El modelo de Wellhausen sufrió más tarde importantes modificaciones. Martin Noth, en su *Historia de Israel* (1950), aboga por la transmisión oral de las antiguas creencias fundamentales y destaca las afinidades teológicas entre el Deuteronomio y los libros históricos posteriores (Josué, Jueces, Samuel, Rey), acuñando el concepto de "historia deuteronomista".

John Van Seters, en su obra *Abraham en Historia y Tradición* (1975), afirma que no hay evidencia convincente que sustente la existencia histórica de Abraham y los demás patriarcas de la Biblia, ni la historicidad del libro del Génesis. Esta publicación desafió tanto a la escuela de "arqueología bíblica" de William Albright, que afirmaba que la arqueología confirmaba las verdades fundamentales del Génesis, como a la escuela de "historia de la tradición" de Martin Noth, que afirmaba que el Génesis contenía un fondo de verdad conservada a través de la tradición oral hasta la posterior composición escrita del libro. Según Seters, el texto del *Pentateuco* se obtuvo a través de adiciones y revisiones de un único documento original compuesto por un autor en el siglo VI a. C. Se trataría de un proceso continuo de la administración de suplementos, en el que los últimos autores modificaron las primeras composiciones y cambiaron el enfoque de la narración. Esta "hipótesis suplementaria", junto con la hipótesis documental y la fragmentaria, constituye una de las hipótesis del origen del *Pentateuco* discutidas por los estudiosos contemporáneos.

La propuesta más radical vino de Thomas L. Thompson, en su obra *The Historicity of the Patriarchal Narratives* (1974) critica la opinión predominante en ese momento sobre la afirmación de que la arqueología bíblica ahora probaría la historicidad de figuras como Abraham y otros patriarcas bíblicos. En su opinión, la Biblia es en su totalidad, o casi en su totalidad, un producto del período comprendido entre el siglo V a. C. y el siglo II a.C., la redacción final de la Tora ocurre al principio de la monarquía Hasmonea. "La realidad lingüística y literaria de la tradición bíblica es esencialmente de carácter folclórico. El concepto de *benei Israel* ... es un reflejo de una entidad no sociopolítica del estado histórico de Israel del período asirio." Thompson está estrechamente asociado por sus detractores con el movimiento denominado Minimalismo Bíblico, un grupo bastante diverso de eruditos que todavía argumentan que la versión histórica de la Biblia no está respaldada por cualquier evidencia arqueológica que haya salido a la luz hasta ahora y que no se puede garantizar seriamente como históricamente creíble.

Roger Norman Whybray, en *The Intellectual Tradition in the Old Testament* (1974), cuestiona la hipótesis tradicional de la existencia en el antiguo Israel de una clase de "hombres sabios" o intelectuales que habrían controlado los asuntos del Estado y cuya sapiencial literatura bíblica refleja los intereses y concepciones.

Según Whybray faltan pruebas para tal grupo de sabios, esta "sabiduría" no era prerrogativa de ninguna clase o institución y los "sabios" eran simplemente ciudadanos formados y acostumbrados a leer.

Solo la literatura sapiencial sería obra de individuos con mentalidad literaria. La esencia del Pentateuco es la obra de un solo autor que se inspira en múltiples y desconocidas fuentes o que ignoraba la delicadeza del estilo y el lenguaje contemporáneos.

Para Whybray, el modelo documental es el más difícil de demostrar, no ofrece auténtico poder explicativo: por ejemplo, ¿por qué los verdaderos autores de las diferentes fuentes evitarían la duplicación, mientras el "redactor" final las acepta? "Por lo tanto, la hipótesis solamente puede mantenerse en el supuesto de que, mientras la coherencia es la característica distintiva de las diversas fuentes, la incoherencia era el sello distintivo de los "redactores".

Richard Elliott Friedman, en *Who wrote the Bible?* ('¿quién escribió la Biblia?', de 1987) y *The Bible with sources revealed* ('la Biblia con fuentes reveladas', de 2003), da una extensa respuesta a Whybray, explicando cómo los redactores pudieron tolerar la incoherencia, contradicción y repetición, en efecto, estaban obligados a ello por el marco histórico en el que trabajaban.

Lo único que ha dejado claro toda esta discusión es que el Pentateuco no es obra de un único autor, y que ha sido redactado a lo largo de los siglos. Si existió un texto de un único autor del Pentateuco, este fue alterado con adiciones, supresiones y modificaciones con el paso del tiempo.

Está claro que el *Pentateuco* está hecho de varios fragmentos, que el redactor o redactores han intentado unir sin fundirlos, respetando quizás la tradición

oral que representa cada elemento. Estos elementos son muy variados y representa cada uno una determinada tendencia o representa la tradición de una determinada región.

Así, por ejemplo, la fuente *E* (elohísta) narra acontecimientos que tuvieron lugar en el norte de Palestina y desconoce episodios de acontecimientos en el sur y en el desierto. El elohísta no dice nada del patriarca Abraham y la mujer Lot, falta la historia de José, las plagas de Egipto y, propiamente, la travesía del desierto. Todos estos acontecimientos son centrales en la fuente *J* (yahvista).

Así podemos situar la fuente elohísta en el norte de Palestina y la yahvista en el sur. El Dios *EI* proviene del ámbito sirio-palestino, mientras que el Dios Yahweh hay que situarlo en el desierto del sur.

Estas dos fuentes muestran dos tendencias distintas: la elohísta pone el acento en la religiosidad y el temor de Dios, mientras que la yahvista se centra más en anclar el devenir de Israel en la función de un gran imperio en la historia de la salvación desde la creación hasta la conquista de la Tierra Prometida por Yahweh.

La fuente *P* (sacerdotal) presupone ya la instauración de un culto muy avanzado. Esta fuente no pretende complementar ni sustituir la fuente yahvista ni la elohísta. La fuente sacerdotal es una obra más tardía, redactada durante el exilio entre los siglos sexto y quinto a.C., es la más alejada de los tiempos de Moisés. El redactor o los redactores finales juntaron estas tres fuentes, dando así forma a la Biblia tal como hoy la conocemos.

Todos los fragmentos y todos los variados elementos son una mezcla de tradiciones orales de las diferentes tribus semitas que formaron el pueblo de Israel. La intención de los redactores es darle a este pueblo una historia común y una identidad basada en un personaje histórico llamado Moisés como el guía militar y espiritual que, en contacto directo con el dios Yahweh y bajo su dirección, condujo a los hebreos desde el cautiverio en Egipto a la Tierra Prometida, Canaán, prometida por su dios.

Según el Corán, el Pentateuco fue revelado originalmente por Dios directamente a Moisés. Sin embargo, este texto original de la revelación divina fue alterado y modificado de variadas formas con el paso de los siglos. Para el islamismo, si bien hoy en día aún persisten partes de la revelación divina en lo que conocemos como Pentateuco, el texto actual no es 100% fiable ni es 100% revelación divina.

LEYENDA – FICCIÓN – HISTORIA

«Toda la historia es historia contemporánea.» [Benedetto Croce]

«Una historia de ficción quiere decir algo sobre la persona que describe. Hay que preguntarse por qué el autor eligió esta historia y no otra y qué significado tiene para la biografía. Por lo tanto, ya no es tan importante saber *quién* era el personaje y si se trata de una figura histórica, sino *qué* papel desempeña en la narración y qué deja entrever el relato sobre el personaje.

Al igual que en el análisis de los sueños, cada narración o historia aparente esconde otra acción. Al menos partes de la historia pretenden o quieren expresar algo completamente diferente.

Lo más probable es que, detrás de los detalles negativos, en particular, se esconda un trozo de historia real.» [Lehmann, Johannes: *Moses der Mann aus Ägypten. Religionsstifter. Gesetzgeber. Staatsgründer*. Hamburg: Hoffmann und Campe, 1983, p. 39 y 68-69]

Detrás de toda construcción ficticia late un hecho real, que puede ser la motivación directa (intención) del autor o un motivo inconsciente, como el intento de dar solución a un conflicto. Detrás de toda construcción hay una tensión que la motivó. Las Leyendas siempre quieren decir algo.

«Llamo 'genotexto' al modelo (mental) de un modelo literario responsable primero (*prius naturae*) de la genética de un texto dado –escrito o no– o fenotexto. El genotexto se mueve en el campo de la 'competencia' (competence, compétence, Kompetenz; plano de la *langue*) y no es directamente observable.

La competencia histórica, mezcla de creencias y afectos (vulgo: 'ideología') es una construcción teórica, un sistema propio de cada uno y posiblemente compartido, más o menos, por un grupo.

La competencia histórica, que es única ("no se puede servir a dos señores") aunque modificable, activa los diferentes genotextos, que responden a cuestiones tan generales como "¿qué quiero contar ahora?" (*causa materialis*), "¿cómo quiero contar?" (*causa formalis*), "¿a quién quiero dirigirme y por qué?" (*causa finalis*).

Las actuaciones o expresiones (performances) de esos genotextos son los productos lingüísticos concretos (p. e. un artículo periodístico publicado en DIE ZEIT, el *Decameron*, el *Opus deuteronomisticum*) de mayor o menor extensión. Llamémoslos 'fenotextos'. Obviamente, un genotexto puede generar diferentes fenotextos (como una misma ideología puede generar diferentes genotextos).

Una competencia histórica determinada ('progresista', 'conservadora', 'nacionalista', etc.) quiere expresarse y genera un 'genotexto' (crítica política, propaganda, etc.) que puede plasmarse 'fenotextualmente' en chiste de barra, columna periodística, romance de ciego, novela, canción, etc. Estamos en el plano de la *parole*.» [Joaquín Sanmartín: "Éxodos: Pre-textos de historias", en Jordi Vidal (ed.): *La interpretación del antiguo Israel, entre la historia y la política*. Barcino. Monographica Orientalia 8 (2017).]

«Cuando la Biblia dice que cientos de sacerdotes de Baal fueron masacrados – o cuando habla de las purgas después de la danza en torno al becerro de oro – esto es para mí literatura. No leo estos textos como una reproducción de hechos históricos ni como modelos normativos ("así es como se debe proceder contra paganos y herejes"), sino como literatura, es decir, expresión ficticia de experiencias y concepciones históricas. Se trata de cómo saber

manejar estos textos. Y en eso podemos aprender mucho del judaísmo.» [Jan Assmann en *Die Zeit* – 13.01.2007]

CÓMO SE FORMÓ LA BIBLIA

«Había escritos en el antiguo Oriente, en Mesopotamia o en Egipto, desde mucho antes de la Biblia. Desde finales del tercer milenio, incluso en Tierra Santa, ya se conocía la escritura. Pero no fue hasta mucho después que el Estado necesitó tantos funcionarios y sacerdotes que se empezó a formar escuelas, al menos una escuela en el palacio o el templo. Esto comenzó en Israel alrededor del 850 a. C. En Judá unos 100 años después. Toda la literatura oriental antigua surgió como literatura escolar.

Había relativamente poca tradición oral, pero no debemos subestimar la creatividad de los redactores de la Biblia, el texto es muy literario. A partir del 597 a. C., cuando Jerusalén se pobló de inmigrantes judíos después de la primera deportación, se comenzó a registrar la historia.

El texto más antiguo, la canción de Débora en el capítulo 5 del Libro de los Jueces, data del siglo IX a. C. en su forma escrita. Es muy posible que esa poesía se haya transmitido oralmente durante un tiempo, similar a la *Ilíada*, el poema de Homero sobre la conquista de Troya, cuya escritura es más o menos de la misma época. Los primeros textos más extensos, es decir, libros, se publican a partir de los siglos VIII y VII a. C.

La Torá (Ley), es decir, los cinco libros de Moisés con sus textos legales, fueron compilados en Babilonia y en las provincias de Samaria y Judea a partir del siglo VI a.C. Se dice ingenuamente que, en el 398 a.C., el escriba Esdras vuelve del exilio de Babilonia y trae consigo la Torá completa. Muchos investigadores del Antiguo Testamento consideran que Esdras es una invención.

Estas cuestiones se han debatido durante más de 200 años. Pero también hay indicios: a partir del 400 los judíos comenzaron a seguir la prohibición de las imágenes. Así que algo debe haber sucedido.

La clase alta de Judea había sido deportada a Babilonia. Sin rey y casi sin élite, el resto de la población de Benjamín se vio obligada a valerse por sí misma. El libro de la Antigua Alianza, la colección de leyes más antigua de la Torá, era la única fuente de orden legal. Pero se necesitaba una ley actualizada, por así decirlo, una reforma legislativa acorde con la nueva realidad. Esta actualización legislativa está representada por el libro del *Deuteronomio* (del griego τὸ Δευτερονόμιον / τὸ Deuteronomion, 'la segunda ley'; hebreo: דְּבָרִים, Devarim, "estas son las palabras").

Esta actualización de la Ley comenzó con los sacerdotes y escribas que vivían en el siglo VI en la provincia babilónica de Judea. Alrededor del 525 a.C, los "recién llegados" de Babilonia se unieron a ellos. El "regreso a casa del exilio" es un mito. Solo una minoría, la clase alta, fue deportada, de la cual solo una parte (sacerdotes, oficiales y soldados) regresaron a su tierra natal, que ahora

estaba bajo el dominio persa. Ocuparon el nuevo y pequeño fortín en el Monte del Templo de Jerusalén. Finalmente, reconstruyeron el templo.

Este pequeño grupo tuvo una influencia histórica enorme. Como funcionarios y soldados, eran una minoría, pero representaban la minoría gobernante en la provincia, y pronto se sintieron los verdaderos dueños del país. Impusieron sus derechos. Y trajeron consigo una creencia de Persia que era casi monoteísta. Había otros dioses, pero ya no eran adorados.

Por eso hay una frase extraña en los Diez Mandamientos: "Y habló Dios todo esto, diciendo: Yo soy Yahweh, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás otro Dios que a mí. No te harás imágenes talladas, ni figuración alguna de lo que hay en lo alto de los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra" (Ex 20, 1-4).

Lo que los retornados de clase alta pensaban y querían, es decir, la sumisión del antiguo resto judío de la población, para quienes este casi monoteísmo era nuevo, se puede leer en el libro de Josué. Sin embargo, se describe allí como una lucha con pueblos extranjeros como "cananeos" o "amorreos", pero en realidad fue un conflicto judío interno entre la élite retornada y la población rural israelita.

No son crónicas en sentido nuestro; todo se reinterpreta ideológicamente. Los jerosolimitanos tampoco lograron imponerse del todo. En la primera mitad del siglo V destruyeron el templo rival de los judíos en Bet-El, pero los samaritanos, que también habían usado Bet-El, construyeron su propio templo en el monte Gerizim cerca de Nablus, y la élite de Jerusalén perdió la gran Samaria. Poco a poco se fue imponiendo la idea de que se debería llegar a un acuerdo entre las dos partes.

Es así como se llegó a una redacción final de la Torá, en la que ambas partes pudieron expresar su versión de la historia. Así unos dicen: Somos los hijos de Abraham, que fue en otro tiempo dueño de la tierra. Los otros afirman lo mismo de su figura patriarcal Jacob. Al final, se ponen de acuerdo en que Abraham sea el padre de Jacob, lo que contentaba a ambas partes. Así todos eran descendientes de Abraham, y todos habían estado en Babilonia. Este acuerdo se puede leer en Josué 24.

Los investigadores del Antiguo Testamento de este lado del Atlántico coinciden en gran medida en que la Torá tomó forma a finales del siglo V a.C., durante el período persa. Todavía es controvertido por qué Esdras supuestamente trajo con él un libro desde Babilonia. Una posible explicación sería que las legislaciones provinciales tenían que ser aprobadas por la autoridad suprema del país.

¿Qué aspecto tenía la Torá entonces? Había varias copias de un pergamino. Se organizaba una reunión semanal en la que se exponía lo que cada uno debía saber y cómo se debía comportar para ser un buen judío. Esa fue una innovación importante, porque permitió a todos compartir el saber con la clase dominante. La Torá queda ya ampliamente formulada como la palabra de Dios

y la voluntad de Dios; pero al mismo tiempo es el documento con el que los judíos, ahora judíos de la era persa, establecían su identidad y sus leyes. No se trata de creer, sino de saber qué es lo correcto.

La Torá es la parte más antigua de la Biblia. Las demás llegaron después. La lucha ideológica no quedó resuelta; así surgieron hasta el siglo IV a. C. los libros de los profetas. A los eruditos de la Escuela del Templo de Jerusalén se les pagaba para que discutieran. Comentaban la Torá y reelaboraban los textos existentes; los pasajes más antiguos de Isaías, por ejemplo, provienen del siglo VII a.C. Ambos bandos expresaron su opinión y escribieron desde diferentes ángulos. Todavía no hay autores individuales.

Que Isaías escribió él mismo, por ejemplo, es algo que solo se ha creído a partir del helenismo, que empezó a preguntar por los autores. Luego, en el siglo I d.C., Flavio Josefo declaró que los profetas eran historiadores que no se contradicen entre sí porque escribían por inspiración divina. Una declaración que todavía sigue vigente hoy en día.

Dado que en la Torá se expresaba más de una opinión, en adelante el pluralismo se consideró como criterio de un buen estilo. Sin embargo, la literatura profética comenzó a ser accesible a todos en el siglo II a. C. Presumiblemente, los gobernantes asmoneos la agregaron al canon porque no podían legitimarse a sí mismos solo con la Torá.

Hay que imaginarse la Biblia hebrea está estructurada como en círculos concéntricos: en el medio está la Torá, es interpretada por los profetas, y estos a su vez son comentados por las escrituras. Sospecho que la mayoría de las "escrituras" fueron escritas y enseñadas en la Escuela del Templo de Jerusalén durante los siglos quinto al primero. Este canon literario de lectura fue adoptado más tarde por el judaísmo rabínico.

Los Salmos son una colección teológica cuidadosamente compuesta, es el libro programático del Partido Fariseo. Se incluyeron aquí y allá cantos de culto más antiguos, pero bajo un criterio ideológico. En contraste, Kohelet, el llamado predicador Salomón, representa el manifiesto de los saduceos rivales.

[El Libro del Eclesiastés (griego ἐκκλησιαστής, Ekklesiastés, hebreo תְּהִלֵּה קֹהֵלֶת, Qohéleth, 'eclesiasta', 'asambleísta' o 'congregacionista'), a veces conocido como el "Libro del Predicador", es un libro del Antiguo Testamento de la Biblia, y también del Tanaj, perteneciente al grupo de los denominados Libros Sapienciales, o de enseñanzas.]

El Salterio es el libro más mesiánico de la Biblia hebrea. Los fariseos creían en la resurrección y en un mundo venidero. Idea que los saduceos no compartían en absoluto. En Kohelet se dice: "No hay nada nuevo bajo el sol", y nunca habrá nada nuevo.

Los autores de la Biblia eran formuladores profesionales que se ponían a trabajar con mucho cuidado. Naturalmente, estaban familiarizados con la larga tradición narrativa de su cultura. También conocían la literatura sapiencial de toda la región; estaban interconectados internacionalmente, como la ciencia actual. El otro gran ejemplo de esta alta cultura narrativa, que

ha florecido durante varios siglos en Siria y sus alrededores, es la obra del historiador griego Herodoto.

La palabra de Dios fue indiscutible durante mucho tiempo. Sin embargo, a más tardar en el siglo XVII, comenzó el cuestionamiento escéptico de la Biblia: los textos fueron examinados histórica y críticamente, la arqueología bíblica desenterró y encontró poca evidencia o lo contrario.

Los autores bíblicos nunca quisieron referir hechos. La Torá y Josué contienen el gran mito de Israel, es decir, la recepción de la Torá y la Tierra Prometida, el exilio a Babilonia y el regreso a casa. Considerar ambos como historia es un error helenístico. Hay suficientes referencias a la ficción, digamos, cuando la gente vive 900 años. No se puede tomar eso al pie de la letra. Antes de eso, nadie pensó que no tenía sentido que Abraham fuera circuncidado cuando tenía más de 90 años, o que Adán o Noé vivieran cientos de años; después de todo, vivían en tiempos primitivos, en una época mítica más allá de los estándares actuales. La última de estas figuras sobrehumanas es Josué, quien muere a la edad de 110 años. Entonces comienza la historia más realista de Israel, en lugares específicos, en tiempos comprensibles.

Es un poco como los héroes griegos y lo mismo se puede decir de Mesopotamia. Al principio tenemos reyes que gobiernan durante cientos de miles de años hasta que surgen las dinastías reales. Los hechos innegables son la destrucción del Primer Templo a principios del siglo VI a. C. por los babilonios y la construcción del Segundo Templo alrededor del 500 a.C. Las listas de reyes de Israel y Judá también son difíciles de poner en duda. Los reinados son esencialmente correctos.

Pero desde el Génesis hasta Josué, es decir, la supuesta conquista de la tierra, no se pueden pedir hechos históricos en absoluto. Hay elementos históricos, pero también se ampliaron con ficciones literarias. El libro de Josué también muestra interpretaciones alternativas de la Torá, cómo se pueden integrar pueblos en lugar de matarlos.

La arqueología ahora sugiere que las tribus de Israel se originaron donde la Biblia las coloca, en la tierra de Canaán. Hasta el siglo XII a.C. era una provincia egipcia después de la cual los israelitas pudieron expandirse allí.

La Biblia es como un museo que contiene grandes piezas de 1000 años de historia, pero muy pocas están etiquetadas y algunas tienen las explicaciones cambiadas. Aún queda mucho por explorar.»

[“Cómo se formó la Biblia”. Entrevista al exégeta bíblico Ernst Axel Knauf, en *Spiegel* - 25/11/2014]

Las investigaciones de los últimos años constituyen un gran avance con respecto a las propuestas anteriores. Explican bien las causas de la aparición de los llamados Libros Sagrados o Sagrada Escritura y su fecha y ponen de manifiesto, parafraseando el conocido título de W. Keller, “que la Biblia no tenía razón”. [Blázquez Martínez, J. M. / Cabrero, Javier: *Nuevas investigaciones sobre la Biblia: más mito que historia*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005, p. 96]

Y la Biblia tiene razón es un libro de no ficción sobre arqueología que el periodista y autor de no ficción Werner Keller (1909-1980) publicó en 1955. El subtítulo (*Los investigadores prueban la verdad del Antiguo Testamento*) se refiere a la preocupación central de Keller, usar la arqueología bíblica en el Medio Oriente para probar las declaraciones del Antiguo Testamento.

El libro ha sido traducido a más de 20 idiomas y alcanzó una tirada total de más de un millón en 1960, un total de varios millones de copias hasta la fecha. Se considera "uno de los más vendidos de la posguerra".

Detrás de cada pasaje de la Biblia Hebrea hay intereses particulares de los autores que la redactaron. Hay que tener en cuenta que, a pesar de tratarse de diferentes autores que escribieron en diferentes periodos, en la Biblia Hebrea predomina la ideología judaíta, es decir, la de los judíos residentes en el Reino de Judá (reino del sur) con capital Jesuralén, que rechazaban la ideología de los judíos del Reino de Israel (reino del norte) con capital Samaria. Por tanto, la Biblia Hebrea nos presenta una de las posibles versiones de la historia: la visión judaíta y jerusalémica, que refleja la ideología de un grupo del reino de Judá (sur) que rechazaba el reino de Israel (norte) como reino "pecador", defendiendo así la supremacía política y religiosa del reino de Judá.

LEYENDA E HISTORICIDAD DEL ÉXODO

La salida de Egipto y la revelación del monte Sinaí son dos hechos fundacionales en la historia del pueblo Israel. Significativamente, ambos son narrados en el libro bíblico del Éxodo.

Según el judaísmo, el milagro de la liberación del pueblo hebreo demuestra y confirma al pueblo de Israel como el pueblo elegido por Yahveh y dicha liberación es a su vez determinante en el establecimiento de la liturgia yahvista.

El tradicional relato del Éxodo es celebrado por los judíos en la pascua judía en la que se lee la Hagadá (הגדה "relato") de Pésaj. No hay evidencias científicas para sustentar lo narrado. El Éxodo constituye antes que nada una narración de carácter religioso y cultural, un legendario mito fundacional, como una semblanza poética y una epopeya nacional identitaria de considerable valor simbólico.

Aun así, la posible historicidad del evento ha motivado diferentes teorías especulativas. Una hipótesis sostiene que los hebreos habrían sido expulsados de Egipto con la expulsión de los hicsos, evento descrito en la literatura egipcia. Pero esta hipótesis no explica una posible conexión religiosa entre el politeísmo de (los hicsos) y el monoteísmo de los hebreos.

Ante la ausencia de pruebas arqueológicas sobre el éxodo de los israelitas, algunos investigadores suponen que la tradición hebrea podría estar basada en fragmentos o restos de hechos reales y plantean la posibilidad de que haya ocurrido más de una expulsión de grupos semíticos desde Egipto en dirección a Canaán: "hipótesis de los dos éxodos".

Según algunos autores, el éxodo habría tenido lugar en tiempos de Amenhotep IV ("Akenatón") o Amenofis IV (1353-1336 a. C.), décimo faraón de la dinastía XVIII de Egipto, perteneciente al Imperio Nuevo (1550-1070 a. C.). Su reinado inicia el denominado Período de Amarna (1353-1336 a. C.), en el que "el rey herético" llevó a cabo un conjunto de reformas únicas en la historia del antiguo Egipto: proclamó la supremacía del dios solar Atón, cerró los templos del dios tebano Amón, prohibió el culto de los dioses tradicionales y confiscó los bienes del clero a favor del Estado.

Según Sigmund Freud, en su obra *Moisés y el monoteísmo* (1934-1939), la conexión monoteísta entre Akenatón y Moisés podría constituir una solución para el enigma que emana del libro del Éxodo.

Otros autores creen que el Éxodo habría tenido lugar durante el reinado de Ramsés II o Merenptah de la Dinastía XIX (1279-1213 a.C.). Según esta hipótesis, estas fechas concuerdan con los recientes descubrimientos arqueológicos en Tell el-Daba y Jericó. La ciudad de almacenamiento, que los israelitas fueron obligados a construir en Egipto, se denominó Ramsés, y junto a Pitom es de los tiempos de Ramsés II. La ciudad o localidad en que vivían los israelitas en el delta del Nilo es llamada también Ramesés, (Éxodo 12,37).

Si se acepta esta última hipótesis, el faraón opresor inicial habría sido Seti I, cuyo gobierno tuvo lugar entre 1294 y 1279 a. C., y el Éxodo se habría desarrollado durante el reinado de Ramsés II (quien gobernó Egipto entre 1279 y 1213 a.C.). El Éxodo habría comenzado el año 1250 a.C.

Existen muchas hipótesis acerca del éxodo de los hebreos de Egipto. Algunas sostienen que varias olas migratorias pudieron haber dado lugar no solo a uno sino a varios éxodos.

La "hipótesis de los dos éxodos" podría responder mejor que otras a lo ocurrido en términos históricos, pues recogería restos de la tradición oral hebrea que, con el tiempo, se fueron entremezclando y al final se fusionaron, dando lugar a la narración unitaria del libro del Éxodo.

REDACCIÓN DEL DEUTERONOMIO

Deuteronomio significa "Segunda Ley", y fue llamado así por estar ubicado en la Biblia después del conjunto de leyes que ocupan los libros del *Levítico* y de los *Números*. Sin embargo, fue escrito antes que estos. Fue el primer intento para unificar mandamientos y costumbres y dar a Israel la Ley que estructurara su vida.

El quinto libro de la Ley (o quinto libro de Moisés) se presenta bajo la forma de un gran discurso que Moisés dirige al pueblo de Israel antes de que éste cruce el Jordán. Muchos piensan que este código legislativo está relacionado con el libro de la ley que apareció durante las obras en el Templo durante el reinado de Josías, y que jugó un papel tan importante en su reforma religiosa.

Casi con certeza, el libro de Josías no coincide exactamente con el Deuteronomio actual. Hoy se piensa que el libro pasó por distintas etapas de composición. La última edición del Deuteronomio es postexílica e incluye una

evaluación global que sólo pudo haber sido realizada a la luz del exilio (28,36-37; 29-30).

La primera redacción del Deuteronomio tuvo lugar cuando ya habían transcurrido más de quinientos años desde el encuentro de Moisés con Dios. La tierra de Canaán había sido conquistada, ya se había constituido el reino de David y Salomón, más tarde dividido y debilitado. La provincia más grande y próspera, la del norte, llamada Reino de Israel, había dejado de existir, y la misma suerte amenazaba al Reino de Judá, la provincia del sur, en aquellos años del siglo VII antes de Cristo.

Fue entonces cuando esta Ley de Yahweh advertía a su pueblo de la causa de sus reveses y le ofrecía una oportunidad para salvarse. Este escrito, olvidado en el Templo durante la persecución de Manasés, su descubrimiento, en el año 622 a. C. (2Re 22,1), originó la reforma de Josías.

En forma ficticia, el autor pone en boca de Moisés las advertencias y las leyes que el pueblo de Israel debe seguir para no volver a caer en desgracia. Es como el testamento de Moisés, escrito poco antes de su muerte.

«Si bien todavía tenemos los cuatro Evangelios como escritos individuales, solo el último libro, *Deuteronomio*, se encuentra en el Pentateuco como una entidad literaria algo autónoma; los libros anteriores *Génesis - Éxodo - Levítico* y los *Números* son el resultado confuso y difícil de desenredar de la combinación, edición y adición de fuentes más antiguas.

Reconstruir estas fuentes, los Evangelios del Antiguo Testamento, por así decirlo, fue la primera gran tarea de la crítica del Pentateuco en el siglo XIX. La mayoría de los estudiosos finalmente se pusieron de acuerdo en tres obras narrativas continuas, una de las cuales se distingue claramente por su lenguaje.

Comienza con el primer capítulo del *Génesis* y tiene su punto culminante en la historia mosaica, más precisamente en la legislación sobre el Sinaí, con instrucciones detalladas para un culto, estructuradas jerárquicamente.

Esta obra narrativa, llamada escritura sacerdotal, fue considerada durante mucho tiempo la más antigua de las escrituras originales del Pentateuco. Poco a poco se fueron encontrando pruebas de que se trataba de una obra más temprana que el Deuteronomio.» [Smend, Rudolf: „Mose als geschichtliche Gestalt“, in: R. Smend: *Bibel, Theologie, Universität*. Kleine Vandenhoeck-Reihe. Bd. 1582. Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1997, 5-20.]

Se ha relacionado este libro con los profetas del Norte antes de la caída de Samaría, y sobre todo con el profeta Oseas, el profeta del amor de Dios. Pudo haber sido traído a Judá por levitas del Reino del Norte que huyeron de los asirios con motivo de la caída de Samaría (Alt), o haber sido compuesto por estos mismos levitas prófugos después de su asentamiento en el reino de Judá (Nicholson), o por escribas judaítas que utilizaron tradiciones del Norte.

Se discute mucho esta posible relación del libro del Deuteronomio con el Norte o con el Sur del país. Para otros muchos el libro está compuesto en Judá como

legitimación del proyecto político del rey Josías que prevé la unificación del culto yahvista en Jerusalén y el desmantelamiento de los otros santuarios.

El interés evidente que el autor del libro tiene por las tradiciones del Reino del Norte, más bien que reflejar el origen del libro, podría reflejar la vocación misionera de Josías que quiere atraer hacia su reino a los habitantes del Reino del Norte y ha integrado dentro de la tradición judaíta de la monarquía davídica jerosolimitana, algunas perspectivas samaritanas de justicia social, y de la teología de la alianza que limita el poder absoluto de la monarquía, sometiéndola a la ley mosaica

Otros en cambio creen que el Deuteronomio sirvió, no para limitar el poder de la casa real, sino para potenciarlo, extendiéndolo también al territorio del Norte, y limitando más bien el poder de los levitas.

La ley no tiene ningún carácter de amenaza o de estrechez. Es un camino abierto y hermoso que lleva a la vida. Uno puede lanzarse a avanzar por él con gozo y entusiasmo. La obediencia a Dios es siempre una decisión libre. La conclusión del Deuteronomio desemboca en una llamada a la libre decisión (30,11-20).

Todos los diversos mandamientos se reducen a un único mandamiento, que es al mismo tiempo un don: religarse a Dios en la confianza y la vigilancia y permanecer a la escucha de su palabra.

«El libro Deuteronomio me parece el mejor ejemplo de una cultura colectiva del recuerdo. Esto surge durante la época del exilio, cuando se trataba de preservar una identidad sin templo, tierra y realeza. Así es como surgió el judaísmo primitivo del Israel en el exilio.

La dirección que ha prevalecido es la que se centra en la idea de pueblo elegido y la ley revelada como instrumento de demarcación frente a los otros pueblos. El movimiento deuteronomista no se basa en el arte individual de la memoria (*ars memoriae*), sino en una cultura colectiva del recuerdo.» [Jan Assmann]

LA OBRA DEUTERONOMISTA O HISTORIA DEUTERONOMISTA

«Durante el exilio babilónico, un grupo de historiadores emprende una visión retrospectiva de todo lo que había sucedido en la historia del pueblo de Israel hasta la caída de Judá y se pregunta qué relevancia tiene el pasado para el presente. Un ejemplo de tal historiografía es la llamada Historia Deuteronomica. Sus autores se habían propuesto recrear la historia de Israel desde la entrada de los israelitas a la Tierra Prometida hasta la deportación de los judíos a Babilonia. Este escrito no se ha conservado como documento independiente, pero se cree que coincide con la liberación del ex rey de Judea Joaquín del encarcelamiento en Babilonia (561 a.C.). Este acontecimiento alentador para Judá pudo haber motivado la redacción de la obra.

El autor pudo haber sido un grupo de escritores, pero es posible que se trate de un solo redactor. Como se desconoce su identidad, se le denomina deuteronomista, ya que, en términos de lenguaje y contenido, su trabajo recuerda al libro bíblico Deuteronomio. El deuteronomista no es el autor del

Deuteronomio. El deuteronomista asume que los hechos históricos ya son conocidos por sus lectores por otras fuentes. Su propósito es la instrucción religiosa sobre la base de la historia, cuyo curso busca explicar con la intervención de Yahweh, el Señor de la historia.

Los desastres que azotaron al pueblo de Dios y destruyeron todas sus esperanzas se debieron al hecho de que Israel se negó a obedecer a Yahweh adoptando la religión de los cananeos; Dios castigó a Israel permitiendo que el archienemigo cananeo sobreviviera en el área habitada por los israelitas.

Para el deuteronomista, la conquista de la Tierra Prometida es uno de los grandes actos de salvación que Dios había hecho a su pueblo. El autor presenta la época de los jueces de una manera igualmente idealizada, ordenando las tradiciones de los jueces individuales en un orden cronológico y estilizando a los jueces como héroes de importancia nacional. Su principal preocupación era presentar a Samuel como un instrumento de Dios.

La tradición de la consideración crítica de la realeza también se remonta a los deuteronomistas. El autor es particularmente crítico con Saúl, el fundador de la monarquía. El autor procede de manera algo ambivalente con David, pero considera que la casa real fundada por David fue elegida por Dios y ve a Jerusalén como la ciudad de Dios.

A los ojos del autor, lo que incrimina a los gobernantes fueron sobre todo sus intentos de lograr una conciliación entre los sectores de la población yahvista y la cananea. El deuteronomista trata a los profetas con gran respeto y benevolencia. Se esfuerza en probar que las sentencias y promesas que Dios había proclamado a través de los profetas también se habían cumplido. El autor logra de manera convincente relacionar la obra de los profetas con el curso de la historia y así demostrar que tenían razón.

El deuteronomista asoció el futuro de Israel con la casa de David. El exilio a Babilonia fue el merecido castigo por su pecado, pero el exilio no se selló el destino de Israel. El día vendrá en el que los descendientes de los exiliados regresarán a Jerusalén. El deuteronomista se niega persistentemente a creer en la desaparición final de Israel.» [Grant, Michael: *Das Heilige Land. Geschichte des Alten Israel*. Bergisch Gladbach: Lübbe Verlag, 1985, p. 231-234]

Deuteronomista, en general, se refiere a un movimiento teológico, o reforma de culto, posiblemente iniciado en la época del rey Josías, con el propósito de volver a la obediencia a la Ley de Moisés, con un fuerte énfasis en el fin de la idolatría, es decir, adoración de otros dioses, que había tenido lugar en Israel.

Tal hipótesis tiene sus bases en la narración de 2 Reyes 22-23, que narra el misterioso descubrimiento del libro de la Torá (Ley) por el sumo sacerdote Hilcías mientras registraba el Templo abandonado. Basado en este relato y sus consecuencias, así como en las primeras palabras de Deuteronomio, "Estas son las palabras que Moisés habló a todo Israel..." surgieron varias hipótesis.

La investigación sobre el origen y la legislación del Libro del Deuteronomio da por supuesto que no fue escrito por Moisés, como sugiere la tradición judeocristiana, sino más tarde. Tal escrito tendría su inicio en la época del rey Josías, como un aporte a las reformas impulsadas en su época, y, en el futuro, aún tendría adiciones y correcciones realizadas por el editor (o un grupo), responsables también de la compilación de los libros históricos que le siguen: Josué, Jueces, Samuel y Reyes.

Esta visión histórico-crítica de los libros históricos, como una compilación u organización, realizada durante o después del exilio babilónico, basada en varias narrativas previas distribuidas a lo largo del tiempo, se denomina Obra histórica deuteronomista o, simplemente, Historia Deuteronomista (alemán: das Deuteronomische Geschichtswerk).

El término historia deuteronomista abarca los libros de la Biblia que van desde el Deuteronomio (inclusive) hasta el segundo libro de los reyes (o sea, Deuteronomio, Josué, Jueces, I Samuel, II Samuel, I Reyes y II Reyes). Se llama así porque, según muchos autores, todos estos libros están escritos por un mismo autor o un grupo de autores influenciados con el espíritu del libro del Deuteronomio.

Es preferible usar "deuteronomista" que "deuteronomía". El adjetivo "deuteronomico" se refiere al libro del deuteronomio (así, "teología deuteronomica" significa "teología del deuteronomio"), mientras que "deuteronomista" se refiere al autor o escuela que dio origen a los libros relacionados con el deuteronomio (y, por tanto, "teología deuteronomista" es la teología común a los libros mencionados arriba).

La historia deuteronomista abarca desde los últimos días de Moisés, narrados en el libro del Deuteronomio, hasta la liberación de Jeconías, que es el final del Segundo libro de los Reyes.

Abarca, pues, los siguientes eventos: Despedida de Moisés y resumen del éxodo; conquista de la tierra de Canaán; período de los jueces; inicio de la monarquía en Israel con Saúl y David; división del reino; ciclos de algunos profetas; caída del reino del norte bajo dominio de Asiria; caída del reino del sur a manos de Nabucodonosor (Babilonia).

LA TRADICIÓN SACERDOTAL (*PRIESTERSCHRIFT*)

La tradición sacerdotal (abreviada *P* por el alemán *Priesterschrift*) es, de acuerdo con la hipótesis documentaria o hipótesis de las fuentes, la más reciente de las cuatro fuentes a partir de las cuales se escribieron los libros del Tanaj o Antiguo Testamento, datada entre los siglos VI-V a. C. Se estima que esta fuente data de una época cercana a la caída del reino de Israel en el norte; sus autores serían los sacerdotes de Jerusalén. Se interesa por las genealogías, ritos, leyes y fechas. No debe confundirse presbiteral con presbiterial.

Otras teorías estiman que los documentos más antiguos de la tradición sacerdotal se elaboraron tras el exilio babilónico. Su origen se encontraría en

la reforma religiosa de Esdras y Nehemías tras el regreso del cautiverio de Babilonia.

Se estima que la tradición sacerdotal es, en gran medida, el origen del libro de Levítico. Serían las opiniones de los sacerdotes y de Aarón, y siempre se indica la presencia de este último cuando Moisés está cumpliendo obligaciones en nombre de Dios, lo que sugiere que el buen funcionamiento de los milagros depende de ambos; a veces, también se duda de la capacidad de Moisés para tomar las funciones de dirigente; por ejemplo, especificando que después de recibir los Diez Mandamientos, había cambiado tanto que nadie podía verlo.

La tradición sacerdotal es reconocible por las listas repetitivas, por las largas y laboriosas interrupciones de la narrativa, las descripciones frías y sin emoción y, en general, por una calidad literaria más bien pobre. La tradición sacerdotal se refiere a Dios en los términos de Elohim o El Shaddai, y es tratado como un ser trascendental y distante, que se comunica a través de los sacerdotes, en contraposición a los documentos de la tradición yahvista.

En la tradición sacerdotal, Dios es justo, pero también es despiadado y brutal y aplica severos castigos cuando se violan las leyes, como la masacre de 12 000 personas en una plaga, por la única razón de haber expresado sus quejas. También es considerado su estilo, por la mayoría de los investigadores, muy poco elegante y la mayoría piensa que, como consecuencia, se puede reconocer un texto de la tradición sacerdotal a primera vista. [Fuente: Wikipedia]

«Un segundo relato histórico, también redactado en el momento del exilio, es la denominada escritura sacerdotal (*P*, del alemán *Priesterschrift*). Se incorporó a los cinco libros de Moisés y no trata de las mismas épocas que la Historia Deuteronomica, pero, como el Yahvista y el Elohista, su objetivo es esclarecer los orígenes del pueblo de Israel. Cuando el autor de la escritura sacerdotal comenzó su trabajo, estas fuentes ya se habían fundido en un solo trabajo. El autor las complementó con amplias adiciones, que a menudo provienen de fuentes escritas y orales muy antiguas. Esto está especialmente claro en los pasajes del santuario de Hebrón.

Características del vocabulario de este historiador son ciertas expresiones lingüísticas, especialmente las que provienen de la vida jurídica, así como la preferencia por números, listas, medidas y árboles genealógicos.

Este escrito ha sido llamado el escrito o fuente sacerdotal porque muestra un gran interés por el ritual y el culto. Contiene una colección de leyes sacerdotales, que para el autor representan el valor real y el significado de la Torá.

En su presentación, el autor pone gran énfasis en la santidad del pacto que Dios hizo uno con Noé. Esta alianza se entiende como una institución jurídica sobre la que, en última instancia, se puede fundamentar el establecimiento de cualquier autoridad política. Esta alianza marca el comienzo de una era en el curso de la cual se hacen nuevos pactos, a través de los cuales Yahveh se compromete una y otra vez con Israel. El autor describe los principios éticos

básicos que Yahveh le reveló a Noé: Estos son siete mandamientos. Al comienzo de la Ilustración, incluso los filósofos invocaron el pasaje correspondiente de la Biblia para justificar la ley natural.

A cambio de su lealtad al pacto de la alianza, Dios no solo le promete a Noé un ciclo regular de las estaciones, que son la base de la agricultura. Noah también se convierte en el progenitor de una nueva raza humana. Se dice que toda la población futura de la tierra surgirá de sus descendientes inmediatos.

La señal externa del pacto abrahámico es la circuncisión. Esta afirmación parece extraña, porque cuando se escribió la fuente sacerdotal, un gran número de los descendientes de Abraham vivían en el exilio. El punto culminante de la obra de la historia de la salvación es la entrega de las tablas de la ley a Moisés en el Sinaí. Este acto sella el carácter del pueblo de Dios como pueblo elegido.

Con el relato de la creación, las escrituras sacerdotales querían probar que el Dios en el que Israel creía era el mismo Dios autor de toda la creación. El relato de la creación de la fuente sacerdotal es similar a los antiguos mitos de creación mesopotámicos, en particular la epopeya *Enuma Elish* que los sacerdotes solían cantar en el festival de primavera de Babilonia (festival de Año Nuevo). Al parecer, los sacerdotes de Judá llegaron a conocer estas cosmogonías (relatos del origen del mundo) en el exilio babilónico. Para el poema épico *Enuma Elish* la creación también tuvo lugar durante seis días.

La representación del segundo día de la semana de la creación también es de origen mesopotámico: "Dijo luego Dios: Haya firmamento en medio de las aguas, que separe unas de otras"; y así fue" (Gn 1,6). Detrás de esta imagen está la idea de que hay un océano lleno de agua de mar sobre la tierra y un mar de agua dulce debajo. Esto está acorde con la visión cananea de que el dios *El*, el "creador de todo lo creado", vivía "en la confluencia de los dos ríos", donde las aguas del inframundo y el mundo superior se encontraban.

"Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó, y los creó macho y hembra" (Gn 1,27). Aquí el autor también se expresa sobre la posición especial de los humanos en la naturaleza. En esto, el escrito sacerdotal difiere claramente del Yahvista, que dice que Dios primero creó al hombre y luego de una parte de él a la mujer ("de la costilla de Adán"). Hay varias opiniones sobre el problema de en qué consiste realmente la semejanza del hombre con Dios. La clave se puede encontrar en los siguientes pasajes, donde se dice que los humanos deben tener un dominio sobre los animales. Esto significa que la naturaleza ya no está subordinada a la voluntad de las deidades babilónicas o cananeas, sino solo a Yahveh, el Señor de la creación. En su generosidad, puso a disposición del hombre toda la vida en la tierra.

"Y vio Dios que la obra de sus manos era buena". Una calificación de la creación como "buena" (*tob*) excluye absolutamente que exista una lucha entre las fuerzas del bien y del mal (contra el maniqueísmo). La obra creada por Dios solo puede ser buena porque Dios mismo es bueno.» [Grant, Michael: *Das Heilige Land. Geschichte des Alten Israel*. Bergisch Gladbach: Lübbe Verlag, 1985, p. 234-140]

LA BIBLIA COMO COMPILACIÓN DE TRADICIONES DIVERSAS

Hay un importante salto temporal entre la época histórica en la que están ambientados los relatos bíblicos (Patriarcas, Éxodo de Egipto, etc.) con el momento de su redacción final. Las hipótesis sobre el momento de la redacción del Pentateuco o la Historia Deuteronomica ha sufrido profundas reelaboraciones.

Los textos bíblicos fueron escritos mucho después del tiempo en que cabría situar los sucesos narrados en ellos, por lo que no es extraño que se hayan proyectado en la redacción final nombres, instituciones e incluso acontecimientos muy posteriores.

Según Finkelstein y Silberman (*La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*. Madrid: Siglo XXI, 2003), la Biblia es una genial reconstrucción de la historia del pueblo judío, que corresponde al surgimiento del reino de Judá (reino israelita del Sur) como potencia en el siglo VII a.C. Una época en la que el reino de Israel (reino israelita del Norte), más prestigioso que Judá, pasa a estar sometido por la Asiria vecina y en la que el imperio asirio inicia su declive.

Bajo Josías, rey de Judá (640-609 a.C.), un grupo de redactores compila los textos bíblicos, que se convierten en el instrumento de una nueva religión: un solo pueblo (judío); un solo rey (reunificación de Israel y Judá); un solo Dios (es el verdadero comienzo de la idea monoteísta); una sola capital, Jerusalén, y un solo Templo, el del Rey Salomón, una sola Ley, la consignada en el Deuteronomio.

Finkelstein y Silberman releen los textos bíblicos partiendo de los relatos de los Reyes, de los Profetas y del Deuteronomio hasta los textos más antiguos, como el del Éxodo. Y tratan de establecer la coherencia entre el Deuteronomio y los primeros libros del Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio), cuyos relatos son ampliados y adornados para servir al proyecto del rey Josías, de reconciliar el reino del Norte (Israel) y el del Sur (Judá) y así poder resistir a la presión de los grandes imperios: Asiria, Egipto y Mesopotamia.

Según estos autores, la gran saga de los patriarcas, desde Abraham al hijo de Jacob, no tiene fundamento histórico. El relato de los patriarcas no es más que una "prehistoria piadosa" del pueblo judío, escrita en el siglo VII a.C. para cumplir con la ambición territorial del reino de Judá. El éxodo de Egipto sería también ficticio, pues es imposible imaginar la huida de Egipto de 600 mil esclavos hebreos en dirección a Canaán en el siglo XIII a.C.

En la época del Éxodo no existían regiones bíblicas tan célebres como Beersheba y Edom. "Los lugares mencionados en el Éxodo existieron. Algunos eran conocidos y fueron ocupados, pero mucho después del supuesto tiempo del Éxodo, luego del surgimiento del reino de Judá, cuando se compusieron por primera vez los textos del relato bíblico".

El núcleo central de la tesis de los dos arqueólogos es que, bajo los reinos de Israel y de Judá, los relatos de los patriarcas, del Éxodo, de la conquista de la tierra prometida, se conservaron para transformarse en el siglo VII a.C. en un poderoso llamado a la unidad nacional del pueblo judío a fin de enfrentar las amenazas de los imperios vecinos: un Israel unido alrededor de su Dios único y de su capital única, Jerusalén.

La Biblia compila así tradiciones diversas. Relata en el Éxodo los episodios de la lucha secular con el Egipto de los faraones, vencido por el Dios de Israel y el estatuto milagroso de su pueblo. La gran saga bíblica sirve así a la visión militar religiosa del rey de Judá y entra en resonancia con los lectores del siglo VII a.C., recuerda sus sufrimientos y los llena de esperanzas.

Finkelstein y Silberman parten de la hipótesis documental o hipótesis de las fuentes bíblicas y sugieren que la mayor parte del Pentateuco y lo que los críticos llaman la "Historia Deuteronomista" (Josué, Jueces, I y II Samuel, I y II Reyes) se empezó a redactar en tiempos del rey Josías y la reforma deuteronomista, y ese es el contexto del cual debemos partir para leer la mayor parte de la Biblia hebrea.

Finkelstein y Silberman ven en las historias de los patriarcas leyendas que tenían una finalidad particular en el momento histórico de su redacción: eran personajes individuales que representaban tribus, que tenían historia separadas, pero que luego se aglutinaron en una sola historia mediante el parentesco y la genealogía con el objetivo de dar la sensación homogeneidad y de unificación nacional. Las historias y genealogías de los patriarcas sirvieron también a los redactores bíblicos para acentuar la separación de otros pueblos vecinos (amonitas y edomitas) y para dar preponderancia a Judá por encima de las otras tribus.

Un éxodo masivo como el narrado en la Biblia tendría que haber causado suficiente impresión en los egipcios como para dejar algún registro, sin embargo, no hay confirmaciones extrabíblicas del éxodo israelita. Las fuentes egipcias hablan de los "hicsos" que emigran de Egipto, y muchos historiadores creen ver en ellos a los israelitas, pero las migraciones de los "hicsos" son anteriores al supuesto éxodo israelita.

Finkelstein y Silberman creen que los israelitas originalmente eran sectores de la población cananea que, repentinamente, tuvieron un crecimiento demográfico y atravesaron por una transformación en su estilo de vida: de ser pastores nómadas se convirtieron en agricultores sedentarios, análoga, insisten los autores, a la de los beduinos contemporáneos. La carestía en la producción de cereal por parte de los agricultores cananitas habría obligado a los pastores nómadas a dedicarse a la agricultura para satisfacer sus necesidades.

Finkelstein y Silberman interpretan la descripción bíblica de los reinos de David y Salomón como un producto de la reforma deuteronomista de Josías: narrando la magnanimidad de David y Salomón, los círculos deuteronomistas de la época de Josías preparan a la población para lanzar una serie de conquistas a los territorios del reino perdido del norte (reino de Israel), con la

esperanza de que un día formara uno solo reino con Judá: se representa un pasado glorioso a fin de alentar esperanzas en los judaítas y generar en la población la idea de que el pasado glorioso se podía retomar. Lo mismo que Moisés y Josué, David y Salomón son proyecciones de la figura de Josías hacia el pasado, a fin de sentar antecedentes majestuosos para la piadosa labor del rey en cuestión.

Nunca habría habido una monarquía unificada, así que tampoco habría habido un cisma del reino del norte. La arqueología ha documentado un extraordinario desarrollo de la cultura material en el reino de Israel, junto con un florecimiento de la cultura israelita septentrional. Precisamente este florecimiento demográfico y económico fue lo que atrajo el interés asirio, el cual terminó por destruir al reino de Israel. Por su parte, la arqueología evidencia la pobreza y marginalidad de Judá en ese período, y precisamente debido a su marginalidad, sobrevivió a la conquista asiria, pues era una zona desolada con poco interés para los invasores. La crónica sobre la caída del reino de Israel fue escrita por posteriores círculos deuteronomistas que explicaban el fracaso del norte en función de la teología: si el reino dejó de existir, fue porque sus reyes y el pueblo en general era apóstata.

Con la caída del reino de Israel en el norte, muchos refugiados huyeron hacia el vecino y hermano reino de Judá en el sur. La recepción de estos refugiados y la desaparición del reino de Israel habrían abierto paso a un acelerado desarrollo del reino de Judá. La población se fue urbanizando, apareció una clase de escribas, el culto religioso se fue centralizando, las rutas comerciales se expandieron y el crecimiento demográfico fue repentino. Si bien Asiria se interesó más por el vecino reino del norte, nunca dejó de ser una amenaza para Judá, y el desarrollo del reino del sur estuvo condicionado por la colaboración con el poder imperial.

Durante el reinado de Josías (640-610 a.C.), Judá era ya un reino desarrollado. Y, en función de este desarrollo, el rey Josías lanzó una reforma religiosa que sería complemento de las ambiciones militares del creciente reino de Judá. La Biblia representa a Josías como un rey extremadamente piadoso, pues las escrituras se empezaron a escribir durante su propio reinado.

Repentinamente, sin embargo, el rey Josías murió trágicamente.

«EL resto de los hechos de Josías, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? En su tiempo, el faraón Neco, rey de Egipto, subió contra el rey de Asiría hacia el río Eufrates. El rey Josías le salió al paso, y el faraón le mató en Megiddo en cuanto le vio. Sus servidores le llevaron muerto en el carro, trayéndolo de Megiddo a Jerusalén, y le sepultaron en su sepulcro. El pueblo tomó a Joacaz, hijo de Josías, y le ungió rey en lugar de su padre.» (2 Re 23,28-30)

Tras la trágica muerte de Josías, los círculos deuteronomistas que, hasta entonces habían prometido a los piadosos seguidores de la ley el apoyo divino, se vieron en dificultades para explicar en términos teológicos la muerte de

Josías. A la muerte de Josías se sucedieron los terribles acontecimientos del destierro babilónico. Este destierro sí coincide con el registro arqueológico, según Finkelstein y Silberman.

Una de las singularidades de la Biblia es la impresión realista que genera en el lector. Más allá de algunos milagros y cifras exageradas, los eventos narrados en la Biblia hebrea resultan muy plausibles dado que la Biblia da nombres concretos de personas y lugares. Esta impresión de realismo distingue los relatos bíblicos de las mitologías griegas e hindúes, por ejemplo.

«Parece poco sensato postular que algún, o algunos individuos, haya emprendido la tarea de narrar una historia tan amplia llena de sucesos absolutamente ficticios a sabiendas de que eran así en realidad. Muchos estudiosos opinan que existe lo que se ha dado denominado "mnemohistoria" o historia memorizada por los pueblos antiguos de eventos reales y extraordinarios del pasado, que han sido luego idealizados y aumentados con detalles de época posterior. Es muy posible que el relato bíblico del éxodo haya extraído toda su fuerza no sólo de tradiciones antiguas sino también de detalles geográficos y demográficos contemporáneos a finales del siglo VIII y el VII, y en concreto de manera muy directa de las realidades políticas de la época del rey Josías (640-609 a.C.).

Se podría afirmar, pues, que el relato fundacional del éxodo es una construcción mítica hacia atrás, hacia los siglos precedentes, elaborada conscientemente para establecer los fundamentos gloriosos de un pueblo, el israelita del siglo VII a.C., que con su rey Josías a la cabeza comenzó a soñar – en un momento en el que el imperio asirio estaba hundido y los egipcios se mantenían tranquilos y sin pretensiones hegemónicas – que iba a establecerse en Judá una monarquía gloriosa, un estado grande y unificado, expandido hacia el norte hasta Galilea y que formaría "un pueblo que veneraría a un solo Dios, con una capital clara, Jerusalén y un solo templo".

Los fundamentos de ese pueblo serían: Yahweh cumplió la triple promesa, hecha por él al patriarca Abraham siglos atrás, de conceder una tierra propia, descendencia y un gran poder. Y el cumplimiento fueron los sucesos ocurridos durante la liberación del pueblo, nacido de Abraham, de la servidumbre de Egipto por la mano de Moisés, la conquista de Canaán y la continuación de la gloriosa monarquía de David y Salomón.

Así pues, la arqueología moderna ha revelado que esta gloriosa construcción es en gran parte literaria y mítica, aunque es seguro que guarda recuerdos antiguos. Los eventos del pasado fueron adornados, pulidos y aumentados con nuevos elementos de siglos posteriores, de modo que la concreta narración del éxodo comenzó a forjarse durante el exilio en Babilonia (580 al 500 a.C.), y se redactó definitivamente durante la época de Esdras y Nehemías, que comienza en torno al 460 a.C., por redactores que se fueron encargando de la última recogida y edición de materiales aptos para servir y dar sustento al nuevo intento de restablecer el reino de Judá en Israel.» [Antonio Piñero, en la revista *La Aventura de la historia*, diciembre de 2014]

LA BIBLIA ES UNA OBRA ORIENTAL

«La Biblia es una obra oriental. Proviene del mundo de las literaturas mesopotámica, egipcia, cananea e hitita, que el descubrimiento de las bibliotecas y archivos del antiguo Oriente ha dado a conocer. La biblioteca del rey Asurbanipal en Nínive (668-627 a.C.) es la más importante para reconocer el vínculo semítico y oriental de los textos bíblicos, desde sus orígenes hasta la época persa. Pero tan pronto como fue tomando forma a modo de un corpus cerrado de literatura, comenzó a traducirse al griego y, por lo mismo, a occidentalizarse. Esto tuvo lugar en Alejandría. La sola presencia de la Torá o nomos de los judíos en la famosa biblioteca alejandrina era un símbolo del esfuerzo de helenización de la Biblia, que posteriormente el cristianismo llevó más allá de las mismas fronteras del Imperio.

Israel y el judaísmo tuvieron origen en la zona meridional siropalestina, con raíces y ramificaciones en el mundo mesopotámico por un lado y en el egipcio por otro.

El Antiguo Testamento es un libro oriental por haber sido compuesto y redactado en buena medida en Babilonia o bajo el influjo de babilonios y persas en los siglos VI-III a.C. De allí proceden también el Targum, la versión aramea, y el Talmud de Babilonia, los dos grandes cuerpos de interpretación de la Biblia hebrea. El texto bíblico hebreo que nos ha llegado es también el copiado y transmitido por el judaísmo caraíta de Bagdad, en los tiempos del califato abasí.

Hasta comienzos de la Modernidad, la Biblia era un libro único y absolutamente original. Su «historia sagrada» llenaba un vacío inmenso de conocimientos históricos y geográficos e, incluso, cosmológicos, hasta las primeras fuentes históricas grecorromanas. Ahora, además, dos siglos de hallazgos arqueológicos han devuelto la Biblia a su mundo originario, haciendo de ella un libro más junto a la inmensa literatura del antiguo Oriente.

La Biblia debe incontables préstamos a las literaturas del antiguo Oriente, de manera que no hay en ella género, motivo, frase o término que no encuentre algún paralelo en escritos mesopotámicos, cananeos o egipcios. Sin embargo, no deja de ser «diferente», «otra», original y extraña en su propio mundo lingüístico, cultural y religioso. Basta advertir que la obra que más se le parece es el Corán.

El cristianismo asumió la versión griega de los Setenta (*Septuaginta*), haciendo de ella el cauce para una fusión generalizada entre la cultura grecolatina y la tradición bíblica.» [Trebolle Barrera, Julio: *Los orígenes de la religión de Israel. Imagen y palabra de un silencio*. Madrid: Editorial Trotta, 2008, p. 149 ss.]

LOS GRANDES TEXTOS DE LAS RELIGIONES

«El hecho es que los grandes textos de las religiones son también los “monumentos” literarios de las culturas antiguas aún vigentes: los *Vedas* del hinduismo, el canon *páli* del budismo, el *Avesta* de la religión y cultura irania,

los *presocráticos* en Grecia, la *Biblia* hebrea y cristiana de un mundo que desborda el occidental, y el *Corán* de uno islámico que también sobrepasa al árabe de origen. Todas estas literaturas constituyen repertorios inagotables de estructuras mitopoiéticas, narrativas, figurativas y simbólicas, que han influido en las tradiciones.

Son también fuentes inspiradoras de la concepción del mundo, de la ética, de la estética y de la acción política de las sociedades que forman parte de aquellas grandes culturas. Cristalizaron a un tiempo, en el llamado "tiempo-eje", en torno al siglo V a.C., según la conocida teoría de Karl Jaspers [*Vom Ursprung und Ziel der Geschichte* (1949)].

Dos milenios y medio de cultura escrita, surgida en Mesopotamia y Egipto, precedieron al tiempo-eje y a la Biblia. Otros dos milenios y medio han transcurrido desde entonces hasta hoy. La Biblia se encuentra a caballo entre estos dos grandes períodos históricos, como también entre los grandes mundos de Oriente y Occidente. Heredó de Egipto, Mesopotamia y Canaán un caudal inmenso de tradiciones literarias e iconográficas, que transmitió al Occidente cristiano y al mundo árabe e islámico. Forma parte por ello del canon oriental y del occidental, de modo que toda relación entre estos dos mundos –sea de conflicto o de diálogo– transita necesariamente por el Libro de los libros.» [Trebolle Barrera, Julio: *Los orígenes de la religión de Israel. Imagen y palabra de un silencio*. Madrid: Editorial Trotta, 2008, p. 11-12]

EL CANON BÍBLICO JUDÍO

El canon judío de la Biblia hebrea (para los cristianos "Antiguo Testamento") consta de tres partes:

Torah o mandamientos; *Nebiim* o profetas; *Ketubim* o escritos. Por eso los judíos emplean el acrónimo *TaNaj* (תנ"ך tanaj) para referirse a su Biblia, también conocido como Mikrá: conjunto de los veinticuatro libros sagrados canónicos en el judaísmo.

La letra inicial kaf de כתובים Ketuvim, que se escribe de derecha a izquierda, es letra final en el acrónimo תנ"ך (Tanaj), y por ser última letra toma la forma de kaf final (ך) y se pronuncia suave, como J, no como K; por eso es Tanaj y no "Tanak".

La lista (o canon) de libros bíblicos hebreos inspirados quedó establecida definitivamente para el judaísmo en el siglo II d.C., por el consenso de un grupo de sabios rabinos que habían conseguido escapar del asedio de Jerusalén en el año 70 y que habían fundado una escuela en Yamnia. A estos libros se les conoce como protocanónicos, y forman el Canon Palestinese o Tanaj.

Este canon significó el rechazo de algunos libros, que pasaron a conocerse como deuterocanónicos, que un grupo de maestros judíos había incluido en el Canon de Alejandría o Biblia de los Setenta en el siglo II a. C. La forma "deuterocanónico" significa 'segundo canon' en contraste con el término

“protocanónico” que significa ‘primer canon’. Sin embargo, el primer canon, en orden cronológico, fue el de Alejandría.

La idea de fijar los escritos bíblicos en un canon empezó con la convicción de que ciertas leyes y juicios eran de origen divino, habían sido revelados a Moisés por el mismo Yahweh (Ex 24,12; 31,19; 34,28). Aunque luego estos escritos se enriquecieron con adiciones y se entretajeron con ciertas tradiciones orales.

La idea de hacer reunir las Escrituras normativas y fijarlas en un canon está relacionada con el exilio babilónico del siglo VI a.C., periodo en el que se había necesidad de explicar la causa del exilio, que, según los profetas, provenía del castigo divino por la infidelidad de Israel a su Dios y al pacto hecho en el Sinaí. Pero la declaración de las Escrituras como canónicas comenzó a gestarse claramente en tiempos del rey Josías, tras el hallazgo en el Templo, el año 621 a.C. de “el libro de la Ley”, que Josías consideró fundamental y lo impuso con carácter de ley sagrada (2 Re 22) al pueblo de Israel. El contenido de este “libro de la Ley” constituiría luego el núcleo original para la redacción del Deuteronomio.

A finales del siglo V, quedó fijada definitivamente la *Torá* (‘preceptos’) o *Pentateuco* (del griego ‘cinco rollos’). Los profetas que ejercieron su actividad en ese tiempo, no hacían referencia al Pentateuco, lo que quiere decir que aún no tenía carácter normativo o canónico que fue adquiriendo luego.

Cuando Esdras vuelve del exilio de Babilonia, a inicios del siglo IV a.C., trae consigo el rollo de la Ley, lo lee solemnemente ante el pueblo reunido e impone su obligatoriedad como ley (Neh 8). El texto traído por Esdras era más amplio que el hallado en el templo e impuesto como ley siglos antes por Josías. El redactor del libro de las Crónicas, que fue escrito en el siglo IV a.C., ya conocía el Pentateuco y sabía que tenía carácter normativo.

Es posible que la *Torá* original, redactada antes del exilio babilónico, constara de los cuatro primeros libros del actual Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico y Números, es decir, en vez de Pentateuco sería un Tetrateuco) y que el libro de Josué, en una versión más breve que la actual, fuera la conclusión natural de este Tetrateuco, ya que narra la entrada de Josué en la tierra prometida como sucesor de Moisés.

De todos modos, el Deuteronomio es un texto redactado en fecha más reciente, con un estilo y contenido claramente diferente y actualiza las leyes contenidas en otros libros (por ejemplo, el Decálogo: Dt 5,1-21).

La *historia deuteronomica* (Josué, Jueces, Samuel y Reyes) fue redactada en tiempos del exilio y no fue reconocida como canónica hasta que se empezó a leerla junto con los libros de los profetas en las sinagogas hacia el siglo III a.C. Los libros que componen la *historia deuteronomica* se los denomina “históricos”. En la Biblia hebrea forman parte de los *profetas*, pero se las denomina “anteriores”, es decir, entre estos personajes “históricos” hay algunos fueron inspirados por Dios para colaborar en la empresa salvífica divina.

Dos siglos más tarde, estos escritos (de Josué a Reyes) se fueron incrementando al incluir los textos cronísticos (Crónicas, Esdras-Nehemías). No formaron parte de los *profetas*, sino de los *escritos*. En la traducción griega se agregaron: 1 y 2 Macabeos, partes de Ester, Judit y Tobías.

El Deuteronomio es el fundamento de la *historia deuteronomica* (Josué, Jueces, Samuel y Reyes), que está narrada desde la perspectiva de la observación de la ley mosaica. Como el Deuteronomio trata de la observancia de la Ley, se lo asoció con los libros que hablan de Moisés (del Génesis a los Números), formando así parte de la Torá (los libros de la Ley).

En el siglo III a.C., los libros de los profetas ya formaban un bloque canónico junto con la Ley de Moisés. El libro de Daniel, escrito hacia el 164 a.C., fue incluido entre "los otros" escritos. Así, en el año 132 a.C., cuando el nieto de Ben Sira tradujo al griego la obra de su abuelo, ya conocía las *tres* partes de la Biblia: la ley, los profetas y los restantes libros.

La traducción griega de los LXX (Septuaginta) y la latina, la Vulgata incluyen a Daniel entre los profetas, sin serlo en realidad. La razón está en la confusión de géneros: equiparación de los textos apocalípticos (Dan 7-12) con los proféticos. El libro de Jonás, que no es profético, sino una parábola, fue incluido entre los libros proféticos para completar el bloque de doce de los profetas *menores*.

Los "escritos restantes" (conocido por los judíos como "Escritos", *ketubim*) forman un tercer bloque del canon bíblico judío, bloque conocido como "libros didácticos" o "sapienciales" (sin que todos lo sean). En este bloque se incluyen los Salmos o Salterio (algunos de los cuales formaban ya parte de la liturgia antes de ser recopilados), y los Proverbios y el Cantar de los Cantares, asignados a Salomón, además de Daniel y las crónicas (Crónicas, Esdras-Nehemías). Había otros libros más que se leían y apreciaban, pero que, al final, quedaron excluidos del canon bíblico hebreo.

EL CANON BÍBLICO CRISTIANO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Se denomina canon bíblico a la lista de libros que son aceptados por la Iglesia como texto sagrado de inspiración divina. Actualmente la Iglesia católica reconoce 73 libros como parte de la Sagrada Escritura: comprende 46 escritos para el Antiguo Testamento, y 27 para el Nuevo Testamento.

El Antiguo Testamento es la primera sección del canon cristiano bíblico de dos partes, que incluye los libros de la Biblia hebrea o protocanónicos y en algunas denominaciones cristianas también incluye varios libros deuterocanónicos.

Martín Lutero, quien sostuvo a los antiguos precedentes judíos, excluye a los libros deuterocanónicos del Antiguo Testamento de su traducción de la Biblia (el denominado canon de Lutero), colocándolos en una sección que tituló «apócrifos» (no iguales en autoridad a la Escritura, pero edificantes), diferente al canon que se afirmaría en el concilio de Trento el año que Lutero murió (1546).

Otras iglesias también difirieron sobre la canonicidad de ciertos libros. Como resultado, los cristianos ortodoxos, católicos y protestantes utilizan diferentes cánones, que difieren con respecto a los textos que se incluyen en el Antiguo Testamento y con respecto a los Antilegomena del Nuevo Testamento.

Las diferencias entre la Biblia hebrea y otras versiones de la Torá hebrea o Antiguo Testamento como el Pentateuco samaritano, el siríaco, latín, griego, ge'ez y otros cánones, son más sustanciales. Muchos de estos cánones incluyen libros e incluso secciones de libros que los otros no hacen.

Siguiendo la doctrina de Jerónimo Veritas Hebraica (verdad del hebreo), el Antiguo Testamento protestante se compone de los mismos libros como la Biblia hebrea, pero con un orden y una división de los libros diferentes.

Los protestantes numeran los libros del Antiguo Testamento como 39, mientras que la numeración del judaísmo de los mismos libros es 24. Esto se debe a que el judaísmo considera a Samuel, Reyes y Crónicas formando un libro cada uno, el grupo de los 12 profetas menores en un solo libro, y también considera a Esdras y Nehemías como un solo libro.

CANON BÍBLICO CRISTIANO DEL NUEVO TESTAMENTO

La escritura y difusión de los libros del Nuevo Testamento sucedió en el transcurso de varias décadas. Durante el primer siglo de cristianismo los textos son tan escasos que a duras penas permiten dilucidar la mera existencia de una tradición escrita.

Si bien los Padres Apostólicos del siglo I (autores del cristianismo primitivo que, según la tradición, tuvieron algún contacto con uno o más de los apóstoles) citan frecuentemente el Antiguo Testamento, en lo que respecta a Jesucristo abundan reminiscencias poco precisas, con gran dificultad para distinguir si provienen de un evangelio escrito o de una tradición oral, e incluso atribuyendo a Cristo frases y hechos que no quedaron registrados en la Biblia.

El canon fluctuó durante siglos, en diversas regiones, aceptando o rechazando obras como el Apocalipsis, Clemente, Hermas o Bernabé,⁶ y quedó establecido entrado el siglo IV.

El Apocalipsis fue excluido del canon del obispo Cirilo de Jerusalén (315-386), doctor de la Iglesia, y no se consideró sagrado en la Iglesia de Jerusalén.

No se incluyó en el Sínodo de la Laodicea (363-364), sínodo regional de 32 clérigos de Anatolia, convocado por la Iglesia Católica. Los cánones del concilio de Laodicea no fueron vinculantes para ninguna iglesia o región, únicamente para aquellos que participaron.

Tampoco lo aceptó Gregorio Nacienceno (329-389), arzobispo cristiano de Constantinopla del siglo IV y uno de los padres de la Iglesia.

Tampoco se encuentra en la vulgata siríaca Peshitta, de finales del siglo III; y en las copias conservadas del siglo V en adelante se excluyen también las epístolas II de Pedro, II y III de Juan, y la de Judas.

FUENTES DE LA REVELACIÓN EN LAS RELIGIONES MONOTEÍSTAS

Todas las religiones primitivas, son fundamentalmente ritos y creencias apoyadas en la tradición oral (fuentes orales).

La comunicación de los hombres con el mundo sobrenatural imaginado adquiere a veces formas de lo que se denomina profecía o chamanismo, que en algunas ocasiones da lugar a relatos que guían la actividad humana: es el caso de los oráculos del mundo griego clásico y de los libros sibilinos que la Sibila de Cumas vendió a los romanos.

Muchas religiones de pueblos con un sistema de escritura disponen de textos sagrados: el *Libro de los muertos* del Antiguo Egipto, la *Epopéya de Gilgamesh* en Sumeria (ambos precedentes de distintos relatos bíblicos), los *Vedas* del Hinduismo, o el *Popol Vuh* de los mayas, por ejemplo.

Existe una diferencia esencial entre las religiones monoteístas y las demás: para las religiones monoteístas sus textos canónicos son textos revelados directamente por el único Dios. La expresión islámica *gentes del libro* para denominar a cristianos y judíos es suficientemente elocuente: *Torá* judía, *Biblia* cristiana y *Corán* islámico son literalmente Palabra de Dios para judíos, cristianos y musulmanes.

La *Tora* para el judaísmo es la única revelación de Dios en la historia del Universo. Otros posibles pretendientes de haber recibido otro mensaje son falsos. Así la *Tora* o por extensión el judaísmo es la única Verdad religiosa. La *Tora* además es entendida como un solo documento que es absolutamente consistente y coherente.

Todas las palabras y letras que allí figuran fueron literalmente determinadas por Dios. Dios creó así al judaísmo. La revelación en el judaísmo fue y sigue siendo un hecho histórico: El día en que en el monte Sinaí se oyó la voz de Dios. El vehículo de la revelación es la *Torá*, la palabra de Dios vive que se manifiesta a través de la historia.

El principio protestante es el *Sola Scriptura* de Lutero: la Biblia es la única fuente teológica; no hay otra verdad revelada fuera de la que se contiene en la Biblia. El *Sola Fides* que pone la salvación del creyente únicamente en su fe en Jesucristo, le obliga a acercarse sin intermediarios a la Biblia, única regla de fe, y resolver solo a través de ella todos los problemas de fe. Tampoco hay una autoridad que le obligue: existe un sacerdocio universal.

En el otro extremo los católicos sostienen que hay algunas verdades reveladas aparte de aquellas que aparecen en la Biblia: la Sagrada Tradición. Jesucristo estableció una institución para, a través de su Magisterio, interpretar la verdad revelada (Sagradas Escritura y Tradición), ponerla al alcance de todos y en todas partes, que es la Iglesia Universal (católica, en griego).

El acceso de los fieles no orientados a versiones que no sean la oficial y convenientemente anotada de la Biblia está desaconsejada, y en algunos momentos perseguida. El Concilio de Trento fijó la Vulgata (traducción al latín

de San Jerónimo) como la versión canónica, y se restringieron las traducciones a lenguas modernas, como la de Lutero al alemán.

Fray Luis de León (que además de religioso era profesor universitario) fue procesado por traducir y comentar el *Cantar de los Cantares*. Hasta el siglo XX no se relajaron esas prevenciones.

La religión islámica deriva su legislación, su credo, y sus leyes de la revelación divina: el Corán y la Sunna. Ambos conforman la fuente del islam de la cual procede su legislación, sus creencias y sus normas. Dios reveló el Corán a su mensajero Muhammad.

Dios hizo que dicho libro se haya sobrepuesto a los demás y abrogue a los libros que lo preceden. Dijo Dios: "Y te hemos revelado a ti [Oh Muhammad] esta escritura divina, que expone la verdad, como confirmación de la verdad de lo que aún queda de revelaciones anteriores y como determinante de lo que de ello es verdadero." [Al-Ma'ida:48]

LA REVELACIÓN EN EL ANTIGUO Y EN EL NUEVO TESTAMENTO

«La Biblia cuenta una historia y es en sí misma un conjunto de relatos. Por ello el camino idóneo para comprenderla es el de volver a contar esta historia, rememorarla y actualizarla. Frente a una consideración su estructura no es ideológica, sino histórica; no está hecha de ideas sino de acontecimientos, de acontecimientos, de hechos concretos. La Biblia no conoce en realidad el concepto de revelación de verdades dogmáticas; la revelación es un revelarse, un acontecimiento epifánico, la manifestación del hablar y obrar de Dios en formas y circunstancias diversas. Para el judío, el contenido de la revelación bíblica es básicamente la *Torá*, Ley o Constitución de su pueblo, interpretada a través del conjunto de los demás libros bíblicos.

Para el cristiano, sin embargo, la revelación bíblica se encuentra primordialmente en la profecía, de modo que la misma Ley es profecía. El conjunto del "Antiguo" Testamento aparece así como una gran profecía que encuentra su cumplimiento en el "Nuevo".» [Trebolle Barrera, Julio: *Los orígenes de la religión de Israel. Imagen y palabra de un silencio*. Madrid: Editorial Trotta, 2008, p. 91-92]

DOCTRINA OFICIAL DE LA IGLESIA CATÓLICA SOBRE LA REVELACIÓN

Para la Iglesia Católica, las dos fuentes de la revelación son las Sagradas Escrituras y la tradición viviente de la Iglesia de Cristo, que es la fiel depositaria del divino tesoro y el intérprete autorizado de los sagrados libros. Además de las Escrituras, se impone a los católicos la autoridad de la Tradición, representada por el magisterio de la Iglesia y las enseñanzas de los Santos Padres.

Doctrina oficial de la Iglesia Católica sobre la Biblia y las dos fuentes de la revelación:

«Las Sagradas Escrituras son un inestimable don de Dios que el hombre no podrá nunca suficientemente agradecerle. Elevado al orden sobrenatural, a la

participación de la misma naturaleza divina, y caído de él por el pecado de nuestros primeros padres, plugo a Dios en su infinita misericordia redimirle, elevándole de nuevo a una altura sobrenatural mayor todavía que aquella de que cayó. Estos sus amorosos designios sobre él ha ido Dios descubriéndoselos al hombre gradualmente, revelándoselos, dándole así a conocer los inefables misterios de la vida divina, de su amorosa providencia, especialmente en cuanto a la redención, en los cuales participaría el hombre por su incorporación como miembro al cuerpo místico de la Iglesia, cuya cabeza es el Unigénito del Padre, hecho carne, que con su sangre preciosa había de redimir a la caída humanidad de la servidumbre del pecado.

Esta revelación, hecha de una manera gradual y progresiva, es el principal contenido de las Sagradas Escrituras, pues, aunque en ellas se contengan otras muchas cosas accesibles a la humana inteligencia, que reveló Dios al hombre para que con mayor facilidad y certeza pudiera conocerlas sin mezcla de error, todas ellas se subordinan al fin principal de las Sagradas Escrituras: dar a conocer al hombre los inescrutables amorosos designios de Dios sobre él.

No son solamente las Divinas Escrituras las que contienen este sagrado depósito. Se contiene, además, en la tradición viviente de la Iglesia de Cristo, que es la fiel depositaria del divino tesoro y el intérprete autorizado de los sagrados libros.

El autor humano es órgano, instrumento del Espíritu Santo, pero instrumento vivo y racional, que bajo la acción de Dios desarrolla su actividad y usa de sus facultades de tal manera que en el libro por él escrito queda como grabada su personalidad, que fácilmente podrá de él deducir el lector.

Esta luz es el *lumen propheticum*, pues no ha querido Dios revelarse inmediatamente a todos y cada uno de los hombres, sino a algunos solamente, que, como intermediarios entre Dios y el resto de los humanos, recibiesen de Él las divinas enseñanzas y en su nombre y con su divina autoridad las transmitiesen a los demás. Por esto han sido llamados profetas o intérpretes de Dios, y en su nombre y con su divina autoridad transmiten las verdades sobrenaturales que sobrenaturalmente les dio Dios a conocer.

La doctrina de la fe va desarrollándose a la manera como se desarrollan las verdades de una ciencia, procediendo de los principios a las conclusiones. La razón de este progreso no está en Dios, que desde el primer momento podía revelarlo todo, sino en el hombre, que no era materia dispuesta para recibir de una vez todo cuanto Dios quería comunicarle. Aun los mismos profetas, órganos del magisterio divino, aunque más ilustrados que el pueblo a quien se dirigían, no siempre vieron cuanto en sus conceptos y en las palabras con que los expresaban iba implícito.

Ha de tenerse en cuenta principalmente lo que se dijo acerca del progreso de la revelación, sin lo cual no sería posible establecer la concordia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Es doctrina de la Iglesia que cuanto se contiene en las Sagradas Escrituras ha sido inspirado por Dios, y es, por consiguiente, infaliblemente verdadero en el sentido en que el autor inspirado intentó decirlo, sin que en esto haya que distinguir entre cosas tocantes o no tocantes a la fe y a las costumbres.

Como la misión de los autores inspirados no era enseñar las ciencias humanas, que tratan de la íntima naturaleza de las cosas y de los fenómenos naturales, y acerca de ellas no recibían por lo general revelación alguna, nos las describen, o en lenguaje metafórico, o según el corrientemente usado en su época, como sucede todavía en muchos puntos aun entre los más sabios. El lenguaje vulgar describe las cosas tal cual las perciben los sentidos; y así también el escritor sagrado, advierte Santo Tomás, expresa las apariencias sensibles, o aquello que Dios mismo, hablando a los hombres, expresa de humano modo, para acomodarse a la humana capacidad.

La Sagrada Escritura es, toda, obra de dos autores: el autor humano y el Espíritu Santo, que le ilustra y le mueve a escribir. Como advierte Santo Tomás, la mente del autor sagrado es instrumento imperfecto del Espíritu Santo inspirante, y, por tanto, aun los verdaderos profetas no siempre alcanzan todo cuanto en las visiones que vieron o en las palabras que oyeron quiso el Espíritu Santo encerrar.

De aquí que en las Sagradas Escrituras puedan distinguirse dos sentidos literales: uno, el propiamente literal histórico; el otro, más espiritual. El primero depende de las circunstancias históricas del escritor sagrado y de las de los destinatarios inmediatos de su obra. Tal, por ejemplo, el sentido histórico de la Ley, es el que ésta tenía para los israelitas que la practicaban y para quienes era norma de vida. El segundo viene a ser el mismo literal histórico visto a la luz de revelaciones posteriores, principalmente de la revelación evangélica.

Para quien cree en los destinos sobrenaturales del hombre y en la intervención sobrenatural y extraordinaria de Dios en la historia del humano linaje, la Historia Sagrada es la historia de esta sobrenatural intervención de Dios por medio de sus enviados, los profetas y legisladores de Israel. Desde los comienzos de la humanidad depositó Dios en el corazón del hombre una aspiración y una esperanza: la aspiración a participar de la vida divina y la esperanza de poder algún día alcanzar el término de esa aspiración, no obstante los impedimentos que a ello puedan oponerse.

Los grandes sucesos históricos de influencia universal que más resonancia han tenido en la historia del pueblo hebreo, tales como emigraciones, invasiones, guerras, nacimientos y caídas de imperios, etc. Fueron éstos en gran número porque Palestina ha sido el lugar de encuentro de las antiguas civilizaciones y de los antiguos imperios. Por eso, cuantos documentos contribuyan a ilustrar la historia de Egipto, de Asiría, de Caldea, del imperio de Alejandro Magno y de sus sucesores, pueden contribuir a ilustrar la Historia Sagrada, que tantas veces los menciona o los supone conocidos de los lectores.

Principales documentos históricos que contribuyen a ilustrar la Historia Sagrada: El relato caldeo de la Creación; el del Diluvio; los diez reyes

antediluvianos; el monumental código de Hammurabí, juntamente con otros muchos documentos jurídicos y religiosos que nos ofrece la literatura cuneiforme; el historiador clásico Flavio Josefo, que para trazar la historia de los últimos días de su patria dispuso, sin duda, de más abundante documentación que los extraños y presta una gran contribución a la Historia Sagrada; desde el año 1947 se han hallado en las grutas existentes en la orilla occidental del Mar Muerto gran cantidad de documentos.

Unos son textos de la Sagrada Escritura, que habrán de ejercer grande influencia en la crítica textual de la Biblia; otros, que ilustran notablemente la vida de la secta esenia judía.» [Introducción a la *Sagrada Biblia*, versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga. Madrid: BAC, undécima edición 1961]

PARA LA IGLESIA CATÓLICA EL CANON ESTÁ CERRADO

El Concilio de Hipona, reunido en el año 393, decidió el canon o lista oficial de los libros que integran la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento), según la lista que había sido propuesta en el Sínodo de Laodicea (363) y por el Papa Dámaso I en el año 382. En el Concilio de Cartago o también llamado Concilio III de Cartago, reunido en el año 397, confirmó el Canon Bíblico del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento establecido en el Concilio de Hipona.

Son dos las fuentes de la Revelación: Sagrada Escritura y Tradición.

Sagrada Escritura: palabra de Dios transmitida por escrito en la Biblia. Libros inspirados por Dios: 45 Antiguo Testamento + 27 Nuevo Testamento.

Tradición: Revelación dada por Cristo y por el Espíritu Santo a los apóstoles, y transmitida de viva voz a la Iglesia.

Como dice el Catecismo:

La transmisión del Evangelio, según el mandato del Señor, se hizo de dos maneras:

- oralmente: "los apóstoles con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó".
- por escrito: "los mismos apóstoles y los varones apostólicos pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo".

«El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado sólo al magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo" (DV 10), es decir, a los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma.» [*Catecismo* de la Iglesia Católica]

«Se ha de creer con fe divina y católica todo aquello que se contiene en la palabra de Dios escrita o transmitida por tradición, es decir, en el único depósito de la fe encomendado a la Iglesia, y que además es propuesto como revelado por Dios, ya sea por el magisterio solemne de la Iglesia, ya por su magisterio ordinario y universal, que se manifiesta en la común adhesión de los fieles bajo la guía del sagrado magisterio; por tanto, todos están obligados

a evitar cualquier doctrina contraria.« [Código de Derecho Canónico: Canon 750, libro III]

No existe revelación más nueva o más íntima que la Escritura. Dios no necesita dar ninguna revelación privada. "Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16-17). La Escritura es suficiente.

La revelación de Dios es completa por ahora. El canon de la Escritura está cerrado, está completo. Cuando el apóstol Juan escribió las palabras finales del último libro del Nuevo Testamento, grabó esta advertencia:

"Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro." [Apocalipsis 22:18-19].

La implicación más significativa de un canon cerrado es que no se pueden añadir libros adicionales a la Biblia y no se puede eliminar ninguno de los libros que actualmente están incluidos. Dios ha hablado. Un canon cerrado también implica que no hay apóstoles o profetas hoy en día que estén recibiendo nuevos mensajes de Dios.

LA IGLESIA ANTE LAS REVELACIONES PRIVADAS

María Faustina Kowalska (1905-1938) fue una religiosa de la orden de las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia y mística católica polaca. Sus apariciones de Jesucristo inspiraron la devoción católica a la Divina Misericordia y le valieron el título de Apóstol de la Divina Misericordia. La Iglesia católica la venera como santa y es conocida simplemente como Santa Faustina.

Sor Faustina sostuvo haber tenido la primera revelación de la Divina Misericordia estando en su celda, el 22 de febrero de 1931. Se le apareció Jesús y, entre otras cosas Jesús pidió que pintase una imagen suya. Jesús apareció vestido de blanco y de su corazón emanaban haces de luz roja y blanca. Tal imagen debía contener la inscripción «Jesús, en Ti confío».

En 1993, el papa polaco Juan Pablo II declaró beata a Sor Faustina y en abril de 2000 la canonizó. El 2011, el 2º Congreso mundial de la Divina Misericordia le dirigió una carta al papa alemán Benedicto XVI solicitando abrir el dossier que estudie la posibilidad de proclamar a María Faustina Kowalska doctora de la Iglesia.

Las revelaciones privadas "reconocidas" por la iglesia no son vinculantes para los creyentes porque no pertenecen a la "revelación divina" (Biblia y dogma), ni siquiera a la creencia general de la iglesia. La Iglesia da libertad a cada creyente católico para rechazar estas "visiones", como hizo la Iglesia bajo el Papa Juan XXIII, o para darles crédito como hizo el Papa Juan Pablo II.

EL DILEMA DEL GRAN INQUISIDOR SEGÚN FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Pero, ¿qué pasaría si se descubriera hoy un libro verdaderamente profético? ¿Y si se encontrara una carta perdida escrita por el apóstol Pablo? Aunque se encontrara otra epístola, y se pudiera verificar que es de Pablo, la Iglesia no la añadiría al canon de las Escrituras. Según la Iglesia, Dios ha puesto en el canon cerrado de la Escritura todo lo que necesitamos saber sobre Él, sobre quiénes somos, cómo debemos vivir, y qué pasará en el futuro (Timoteo 3:16B17).

¿Pero qué pasaría si Cristo volviera a la tierra con un nuevo mensaje? Lo expone Fiódor Dostoievski en su famosa leyenda sobre el Gran Inquisidor.

El Gran Inquisidor es un relato o monólogo escrito por Fiódor Dostoievski en 1880, incluido en la novela *Los hermanos Karamázov*. En la novela se lo recita Iván Karamázov, el hermano ateo y librepensador, a su hermano Alexei (Alyosha), un monje principiante.

«Han pasado ya quince siglos desde que Cristo dijo: “No tardaré en volver. El día y la hora, nadie, ni el propio Hijo, las sabe”. Tales fueron sus palabras al desaparecer, y la Humanidad le espera siempre con la misma fe, o acaso con fe más ardiente aún que hace quince siglos. Pero el Diablo no duerme; la duda comienza a corromper a la Humanidad, a deslizarse en la tradición de los milagros. En el Norte de Germania ha nacido una herejía terrible, que, precisamente, niega los milagros. Los fieles, sin embargo, creen con más fe en ellos. Se espera a Cristo, se quiere sufrir y morir como Él... Y he aquí que la Humanidad ha rogado tanto por espacio de tantos siglos, ha gritado tanto “¡Señor, dignaos, aparecérosnos!”, que Él ha querido, en su misericordia inagotable, bajar a la tierra.

Y he aquí que ha querido mostrarse, al menos un instante, a la multitud desgraciada, al pueblo sumido en el pecado, pero que le ama con amor de niño. El lugar de la acción es Sevilla; la época, la de la Inquisición, la de los cotidianos soberbios autos de fe, de terribles heresiarcas, *ad majorem Dei gloriam*.

No se trata de la venida prometida para la consumación de los siglos, de la aparición súbita de Cristo en todo el brillo de su gloria y su divinidad, “como un relámpago que brilla del Ocaso al Oriente”. No, hoy sólo ha querido hacerles a sus hijos una visita, y ha escogido el lugar y la hora en que llamean las hogueras. Ha vuelto a tomar la forma humana que revistió, hace quince siglos, por espacio de treinta años.

Aparece entre las cenizas de las hogueras, donde la víspera, el cardenal gran inquisidor, en presencia del rey, los magnates, los caballeros, los altos dignatarios de la Iglesia, las más encantadoras damas de la corte, el pueblo en masa, quemó a cien herejes. Cristo avanza hacia la multitud, callado, modesto, sin tratar de llamar la atención, pero todos le reconocen.

El pueblo, impelido por un irresistible impulso, se agolpa a su paso y le sigue. Él, lento, una sonrisa de piedad en los labios, continúa avanzando. El amor abraza su alma; de sus ojos fluyen la Luz, la Ciencia, la Fuerza, en rayos

ardientes, que inflaman de amor a los hombres. Él les tiende los brazos, les bendice. De Él, de sus ropas, emana una virtud curativa. Un viejo, ciego de nacimiento, sale a su encuentro y grita: "¡Señor, cúrame para que pueda verte!" Una escama se desprende de sus ojos, y ve. El pueblo derrama lágrimas de alegría y besa la tierra que Él pisa. Los niños tiran flores a sus pies y cantan Hosanna, y el pueblo exclama: "¡Es Él! ¡Tiene que ser Él! ¡No puede ser otro que Él!"

Cristo se detiene en el atrio de la catedral. Se oyen lamentos; unos jóvenes llevan en hombros a un pequeño ataúd blanco, abierto, en el que reposa, sobre flores, el cuerpo de una niña de diecisiete años, hija de un personaje de la ciudad.

–¡Él resucitará a tu hija!– le grita el pueblo a la desconsolada madre.

El sacerdote que ha salido a recibir el ataúd mira, con asombro, al desconocido y frunce el ceño.

Pero la madre profiere:

–¡Si eres Tú, resucita a mi hija!

Y se posterna ante Él. Se detiene el cortejo, los jóvenes dejan el ataúd sobre las losas. Él lo contempla, compasivo, y de nuevo pronuncia el Talipha kumi (Levántate, muchacha).

La muerta se incorpora, abre los ojos, se sonríe, mira sorprendida en torno suyo, sin soltar el ramo de rosas blancas que su madre había colocado entre sus manos. El pueblo, lleno de estupor, clama, llora.

En el mismo momento en que se detiene el cortejo, aparece en la plaza el cardenal gran inquisidor. Es un viejo de noventa años, alto, erguido, de una ascética delgadez. En sus ojos hundidos fulgura una llama que los años no han apagado. Ahora no luce los aparatosos ropajes de la víspera; el magnífico traje con que asistió a la cremación de los enemigos de la Iglesia ha sido reemplazado por un tosco hábito de fraile.

Sus siniestros colaboradores y los esbirros del Santo Oficio le siguen a respetuosa distancia. El cortejo fúnebre detenido, la muchedumbre agolpada ante la catedral le inquietan, y espía desde lejos. Lo ve todo: el ataúd a los pies del desconocido, la resurrección de la muerta... Sus espesas cejas blancas se fruncen, se aviva, fatídico, el brillo de sus ojos.

–¡Prendedle!– les ordena a sus esbirros, señalando a Cristo.

Y es tal su poder, tal la medrosa sumisión del pueblo ante él, que la multitud se aparta, al punto, silenciosa, y los esbirros prenden a Cristo y se lo llevan. Como un solo hombre, el pueblo se inclina al paso del anciano y recibe su bendición.

Los esbirros conducen al preso a la cárcel del Santo Oficio y le encierran en una angosta y oscura celda.

Muere el día, y una noche de luna una noche española, cálida y olorosa a limoneros y laureles, le sucede.

De pronto, en las tinieblas se abre la férrea puerta del calabozo y penetra el gran inquisidor en persona solo, alumbrándose con una linterna. La puerta se cierra tras él. El anciano se detiene a pocos pasos de umbral y, sin hablar palabra, contempla, durante cerca de dos minutos, al preso. Luego, avanza lentamente, deja la linterna sobre la mesa y pregunta:

–¿Eres Tú, en efecto?

Pero, sin esperar la respuesta prosigue

–No hables, calla. ¿Qué podías decirme? Demasiado lo sé. No tienes derecho a añadir ni una sola palabra a lo que ya dijiste. ¿Por qué has venido a molestarnos?... Bien sabes que tu venida es inoportuna. Mas yo te aseguro que mañana mismo... No quiero saber si eres Él o sólo su apariencia; sea quien seas, mañana te condenaré; perecerás en la hoguera como el peor de los herejes. Verás cómo ese mismo pueblo que esta tarde te besaba los pies, se apresura, a una señal mía, a echar leña al fuego. Quizá nada de esto te sorprenda...

Y el anciano, mudo y pensativo sigue mirando al preso, acechando la expresión de su rostro, serena y suave.

–El Espíritu terrible e inteligente– añade, tras una larga pausa –, el Espíritu de la negación y de la nada, te habló en el desierto, y las Escrituras atestiguan que te “tentó”. No puede concebirse nada más profundo que lo que se te dijo en aquellas tres preguntas o, para emplear el lenguaje de la Escritura, en aquellas tres “tentaciones”. ¡Si ha habido algún milagro auténtico, evidente, ha sido el de las tres tentaciones! ¡El hecho de que tales preguntas hayan podido brotar de unos labios, es ya, por sí solo, un milagro!

Supongamos que hubieran sido borradas del libro, que hubiera que inventarlas, que forjárselas de nuevo. Supongamos que, con ese objeto, se reuniesen todos los sabios de la tierra, los hombres de Estado, los príncipes de la Iglesia, los filósofos, los poetas, y que se les dijese: “Inventad tres preguntas que no sólo correspondan a la grandeza del momento, sino que contengan, en su triple interrogación, toda la historia de la Humanidad futura”, ¿crees que esa asamblea de todas las grandes inteligencias terrestres podría forjarse algo tan alto, tan formidable como las tres preguntas del inteligente y poderoso Espíritu? Esas tres preguntas, por sí solas, demuestran que quien te habló aquel día no era un espíritu humano, contingente, sino el Espíritu Eterno, Absoluto. Toda la historia ulterior de la Humanidad está predicha y condensada en ellas; son las tres formas en que se concretan todas las contradicciones de la historia de nuestra especie. Esto, entonces, aún no era evidente, el porvenir era aún desconocido; pero han pasado quince siglos y vemos que todo estaba previsto en la Triple Interrogación, que es nuestra historia. ¿Quién tenía razón, di? ¿Tú o quien te interrogó?

Si no el texto, el sentido de la primera pregunta es el siguiente: “Quieres presentarte al mundo con las manos vacías, anunciándoles a los hombres una libertad que su tontería y su maldad naturales no lo permiten comprender,

una liberad espantosa, ipues para el hombre y para la sociedad no ha habido nunca nada tan espantoso como la libertad!, cuando, si convirtieses en panes todas esas piedras peladas esparcidas ante tu vista, verías a la Humanidad correr, en pos de ti, como un rebaño, agradecida, sumisa, temerosa tan sólo de que tu mano depusiera su ademán taumatúrgico y los panes se tornasen piedras.” Pero tú no quisiste privar al hombre de su libertad y repeliste la tentación; te horrorizaba la idea de comprar con panes la obediencia de la Humanidad, y contestaste que “no solo de pan vive el hombre”, sin saber que el espíritu de la tierra, reclamando el pan de la tierra, había de alzarse contra ti, combatirte y vencerte, y que todos le seguirían, gritando: “¡Nos ha dado el fuego del cielo!” Pasarán siglos y la Humanidad proclamará, por boca de sus sabios, que no hay crímenes y, por consiguiente, no hay pecado; que solo hay hambrientos. “Dales pan si quieres que sean virtuosos.” Esa será la divisa de los que se alzarán contra ti, el lema que inscribirán en su bandera; y tu templo será derribado y, en su lugar, se erigirá una nueva Torre de Babel, no más firme que la primera, el esfuerzo de cuya erección y mil años de sufrimientos podías haberles ahorrado a los hombres. Pues volverán a nosotros, al cabo de mil años de trabajo y dolor, y nos buscarán en los subterráneos, en las catacumbas donde estaremos escondidos — huyendo aún de la persecución, del martirio —, para gritarnos: “¡Pan! ¡Los que nos habían prometido el fuego del cielo no nos lo han dado!” Y nosotros acabaremos su Babel, dándoles pan, lo único de que tendrán necesidad. Y se lo daremos en tu nombre. Sabemos mentir. Sin nosotros, se morirían de hambre. Su ciencia no les mantendría. Mientras gocen de libertad les faltará el pan; pero acabarán por poner su libertad a nuestros pies, clamando: “¡Cadenas y pan!” Comprenderán que la libertad no es compatible con una justa repartición del pan terrestre entre todos los hombres, dado que nunca –inunca!– sabrán repartírselo. Se convencerán también de que son indignos de la libertad; débiles, viciosos, necios, indómitos. Tú les prometiste el pan del cielo. ¿Crees que puede ofrecerse ese pan, en vez del de la tierra, siendo la raza humana lo vil, lo incorregiblemente vil que es? Con tu pan del cielo podrás atraer y seducir a miles de almas, a docenas de miles, pero ¿y los millones y las decenas de millones no bastante fuertes para preferir el pan del cielo al pan de la tierra? ¿Acaso eres tan sólo el Dios de los grandes? Los demás, esos granos de arena del mar; los demás, que son débiles, pero que te aman, ¿no son a tus ojos sino viles instrumentos en manos de los grandes?... Nosotros amamos a esos pobres seres, que acabarán, a pesar de su condición viciosa y rebelde, por dejarse dominar. Nos admirarán, seremos sus dioses, una vez sobre nuestros hombros la carga de su libertad, una vez que hayamos aceptado el cetro que — itanto será el miedo que la libertad acabará por inspirarles! — nos ofrecerán. Y reinaremos en tu nombre, sin dejarte acercar a nosotros. Esta impostura, esta necesaria mentira, constituirá nuestra cruz.

Como ves, la primera de las tres preguntas encerraba el secreto del mundo. ¡Y tú la desdeñaste! Ponías la libertad por encima de todo, cuando, si hubieras consentido en tornar panes las piedras del desierto, hubieras satisfecho el eterno y unánime deseo de la Humanidad; le hubieras dado un amo. El más vivo afán del hombre libre es encontrar un ser ante quien inclinarse. Pero

quiere inclinarse ante una fuerza incontestable, que pueda reunir a todos los hombres en una comunión de respeto; quiere que el objeto de su culto lo sea de un culto universal; quiere una religión común. Y esa necesidad de la comunidad en la adoración es, desde el principio de los siglos, el mayor tormento individual y colectivo del género humano. Por realizar esa quimera, los hombres se exterminan. Cada pueblo se ha creado un dios y le ha dicho a su vecino: "¡Adora a mi dios o te mato!" Y así ocurrirá hasta el fin del mundo; los dioses podrán desaparecer de la tierra, mas la Humanidad hará de nuevo por los ídolos lo que ha hecho por los dioses. Tú no ignorabas ese secreto fundamental de la naturaleza humana y, no obstante, rechazaste la única bandera que te hubiera asegurado la sumisión de todos los hombres: la bandera del pan terrestre; la rechazaste en nombre del pan celestial y de la libertad, y en nombre de la libertad seguiste obrando hasta tu muerte. No hay, te repito, un afán más vivo en el hombre que encontrar en quien delegar la libertad de que nace dotada tan miserable criatura. Sin embargo, para obtener la ofrenda de la libertad de los hombres, hay que darles la paz de la conciencia. El hombre se hubiera inclinado ante ti si le hubieras dado pan, porque el pan es una cosa incontestable; pero si, al mismo tiempo, otro se hubiera adueñado de la conciencia humana, el hombre hubiera dejado tu pan para seguirle. En eso, tenías razón; el secreto de la existencia humana consiste en la razón, en el motivo de la vida. Si el hombre no acierta a explicarse por qué debe vivir preferirá morir a continuar esta existencia sin objeto conocido, aunque disponga de una inmensa provisión de pan. Pero ¿de qué te sirvió el conocer esa verdad? En vez de coartar la libertad humana, le quitaste diques, olvidando, sin duda, que a la libertad de elegir entre el bien y el mal el hombre prefiere la paz, aunque sea la de la muerte. Nada tan caro para el hombre como el libre albedrío, y nada, también, que le haga sufrir tanto. Y, en vez de formar tu doctrina de principios sólidos que pudieran pacificar definitivamente la conciencia humana, la formaste de cuanto hay de extraordinario, vago, conjetural, de cuanto traspasa los límites de las fuerzas del hombre, a quien, ¡tú que diste la vida por él!, diríase que no amabas. Al quitarle diques a su libertad, introdujiste en el alma humana nuevos elementos de dolor. Querías ser amado con un libre amor, libremente seguido. Abolida la dura ley antigua, el hombre debía, sin trabas, sin más guía que tu ejemplo, elegir entre el bien y el mal. ¿No se te alcanzaba que acabarías por desacatar incluso tu ejemplo y tu verdad, abrumado bajo la terrible carga de la libre elección?, y que gritaría: "Si Él hubiera poseído la verdad, no hubiera dejado a sus hijos sumidos en una perplejidad tan horrible, envueltos en tales tinieblas." Tú mismo preparaste tu ruina: no culpes a nadie. Si hubieras escuchado lo que se te proponía... Hay sobre la tierra tres únicas fuerzas capaces de someter para siempre la conciencia de esos seres débiles e indómitos — haciéndoles felices —: el milagro, el misterio y la autoridad. Y tú no quisiste valerte de ninguna. El Espíritu terrible te llevó a la almena del templo y te dijo: "¿Quieres saber si eres el Hijo de Dios? Déjate caer abajo, porque escrito está que los ángeles tomarte han en las manos." Tú rechazaste la proposición, no te dejaste caer. Demostraste con ello el sublime orgullo de un dios; ¡pero los hombres, esos seres débiles, impotentes, no son dioses!

Sabías que, sólo con intentar precipitarte, hubieras perdido la fe en tu Padre, y el gran Tentador hubiera visto, regocijadísimo, estrellarse tu cuerpo en la tierra que habías venido a salvar. Mas, dime, ¿hay muchos seres semejantes a ti? ¿Pudiste pensar un solo instante que los hombres serían capaces de comprender tu resistencia a aquella tentación? La naturaleza humana no es bastante fuerte para prescindir del milagro y contentarse con la libre elección del corazón, en esos instantes terribles en que las preguntas vitales exigen una respuesta. Sabías que tu heroico silencio sería perpetuado en los libros y resonaría en lo más remoto de los tiempos, en los más apartados rincones del mundo. Y esperabas que el hombre te imitaría y prescindiría de los milagros, como un dios, siendo así que, en su necesidad de milagros, los inventa y se inclina ante los prodigios de los magos y los encantamientos de los hechiceros, aunque sea hereje o ateo.

Cuando te dijeron, por mofa: "¡Baja de la cruz y creeremos en ti!", no bajaste. Entonces, tampoco quisiste someter al hombre con el milagro, porque lo que deseaba de él era una creencia libre, no violentada por el prestigio de lo maravilloso; un amor espontáneo, no los transportes serviles de un esclavo aterrorizado. En esta ocasión, como en todas, obraste inspirándote en una idea del hombre demasiado elevada: ¡es esclavo, aunque haya sido creado rebelde! Han pasado quince siglos: ve y juzga. ¿A quién has elevado hasta ti? El hombre, créeme, es más débil y más vil de lo que tú pensabas. ¿Puede, acaso, hacer lo que tú hiciste? Le estimas demasiado y sientes por él demasiado poca piedad; le has exigido demasiado, tú que le amas más que a ti mismo. Debías estimarle menos y exigirle menos. Es débil y cobarde. El que hoy se subleva en todas partes contra nuestra autoridad y se enorgullezca de ello, no significa nada. Sus bravatas son hijas de una vanidad de escolar. Los hombres son siempre unos chiquillos: se sublevan contra el profesor y le echan del aula; pero la revuelta tendrá un término y les costará cara a los revoltosos. No importa que derriben templos y ensangrienten la tierra: tarde o temprano, comprenderán la inutilidad de una rebelión que no son capaces de sostener. Verterán estúpidas lágrimas; pero, al cabo, comprenderán que el que les ha creado rebeldes les ha hecho objeto de una burla y lo gritarán, desesperados. Y esta blasfemia acrecerá su miseria, pues la naturaleza humana, demasiado mezquina para soportar la blasfemia, se encarga ella misma de castigarla.

La inquietud, la duda, la desgracia: he aquí el lote de los hombres por quienes diste tu sangre. Tu profeta dice que, en su visión simbólica, vio a todos los partícipes de la primera resurrección y que eran doce mil por cada generación. Su número no es corto, si se considera que supone una naturaleza más que humana el llevar tu cruz, el vivir largos años en el desierto, alimentándose de raíces y langostas; y puedes, en verdad, enorgullecerte de esos hijos de la libertad, del libre amor, estar satisfechos del voluntario y magnífico sacrificio de sí mismos, hecho en tu nombre. Pero no olvides que se trata sólo de algunos miles y, más que de hombres, de dioses. ¿Y el resto de la Humanidad? ¿Qué culpa tienen los demás, los débiles humanos, de no poseer la fuerza sobrenatural de los fuertes? ¿Qué culpa tiene el alma feble de no poder

soportar el peso de algunos dones terribles? ¿Acaso viniste tan sólo por los elegidos? Si es así, lo importante no es la libertad ni el amor, sino el misterio, el impenetrable misterio. Y nosotros tenemos derecho a predicarles a los hombres que deben someterse a él sin razonar, aun contra los dictados de su conciencia. Y eso es lo que hemos hecho. Hemos corregido tu obra; la hemos basado en el "milagro", el "misterio" y la "autoridad". Y los hombres se han congratulado de verse de nuevo conducidos como un rebaño y libres, por fin, del don funesto que tantos sufrimientos les ha causado. Di, ¿hemos hecho bien? ¿Se nos puede acusar de no amar a la Humanidad? ¿No somos nosotros los únicos que tenemos conciencia de su flaqueza? ¿Nosotros que, en atención a su fragilidad, la hemos autorizado hasta para pecar, con tal que nos pida permiso? ¿Por qué callas? ¿Por qué te limitas a mirarme con tus dulces y penetrantes ojos? ¡No te amo y no quiero tu amor; prefiero tu cólera! ¿Y para qué ocultarte nada? Sé a quién le hablo. Conoces lo que voy a decirte, lo leo en tus ojos... Quizá quieras oír precisamente de mi boca nuestro secreto. Oye, pues: no estamos contigo, estamos con Él... ; nuestro secreto es ése. Hace mucho tiempo — ¡ocho siglos! — que no estamos contigo, sino con Él. Hace ocho siglos que recibimos de Él el don que tú, cuando te tentó por tercera vez mostrándote todos los reinos de la tierra, rechazaste indignado; nosotros aceptamos y, dueños de Roma y la espada de César, nos declaramos los amos del mundo. Sin embargo, nuestra conquista no ha acabado aún, está todavía en su etapa inicial, falta mucho para verla concluida; la tierra ha de sufrir aún durante mucho tiempo; pero nosotros conseguiremos nuestro objeto, seremos el César y, entonces, nos preocuparemos de la felicidad universal. Tú también pudiste haber tomado la espada de César; ¿por qué rechazaste tal don? Aceptándole, hubieras satisfecho todos los anhelos de los hombres sobre la tierra, les hubieras dado un amo, un depositario de su conciencia y, a la vez, un ser en torno a quien unirse, formando un inmenso hormiguero, ya que la necesidad de la unión universal es otro de los tres supremos tormentos de la Humanidad. La Humanidad siempre ha tendido a la unidad mundial. Cuanto más grandes y gloriosos, más sienten los pueblos ese anhelo. Los grandes conquistadores, los Tamerlan, los Gengis Kan que recorren la tierra como un huracán devastador, obedecen, de un modo inconsciente, a esa necesidad. Tomando la púrpura de César, hubieras fundado el imperio universal, que hubiera sido la paz del mundo. Pues, ¿quién debe reinar sobre los hombres sino el que es dueño de sus conciencias y tiene su pan en las manos?

Tomamos la espada de César y, al hacerlo, rompimos contigo y nos unimos a Él. Aún habrá siglos de libertinaje intelectual, de pedantería y de antropofagia —los hombres, luego de erigir, sin nosotros, su Torre de Babel, se entregarán a la antropofagia—; pero la bestia acabará por arrastrarse hasta nuestros pies, los lamerá y los regará con lágrimas de sangre. Y nosotros nos sentaremos sobre la bestia y levantaremos una copa en la que se leerá la palabra "Misterio". Y entonces, sólo entonces, empezará para los hombres el reinado de la paz y de la dicha. Tus elegidos son una minoría: nosotros les daremos el reposo y la calma a todos. Y aun de esa minoría, aun de entre esos "fuertes" llamados a ser de los elegidos, ¡cuántos han acabado y acabarán por cansarse

de esperar, ¡cuántos han empleado y emplearán contra ti las fuerzas de su espíritu y el ardor de su corazón en uso de la libertad de que te son deudores! Nosotros les daremos a todos la felicidad, concluiremos con las revueltas y matanzas originadas por la libertad. Les convenceremos de que no serán verdaderamente libres, sino cuando nos hayan confiado su libertad. ¿Mentiremos? ¡No! Y bien sabrán ellos que no les engañamos, cansados de las dudas y de los terrores que la libertad lleva consigo. La independencia, el libre pensamiento y la ciencia llegarán a sumirles en tales tinieblas, a espantarlos con tales prodigios, a cansarlos con tales exigencias, que los menos suaves y dóciles se suicidarán; otros, también indóciles, pero débiles y violentos, se asesinarán, y otros —los más—, rebaño de cobardes y de miserables, gritarán a nuestros pies: “¡Sí, tenéis razón! Solo vosotros poseéis su secreto y volvemos a vosotros! ¡Salvadnos de nosotros mismos!”

No se les ocultará que el pan —obtenido con su propio trabajo, sin milagro alguno— que reciben de nosotros se lo tomamos antes nosotros a ellos para repartírselo, y que no convertimos las piedras en panes. Pero, en verdad, más que el pan en sí, lo que les satisfará es que nosotros se lo demos. Pues verán que, si no convertimos las piedras en panes, tampoco los panes se convierten, vuelto el hombre a nosotros, en piedras. ¡Comprenderán, al cabo, el valor de la sumisión! Y mientras no lo comprendan, padecerán. ¿Quién, dime, quién ha puesto más de su parte para que dejen de padecer? ¿Quién ha dividido el rebaño y le ha dispersado por extraviados andurriales? Las ovejas se reunirán de nuevo, el rebaño volverá a la obediencia y ya nada le dividirá ni lo dispersará. Nosotros, entonces, les daremos a los hombres una felicidad en armonía con su débil naturaleza, una felicidad compuesta de pan y humildad. Sí, les predicaremos la humildad — no, como Tú, el orgullo. Les probaremos que son débiles niños, pero que la felicidad de los niños tiene particulares encantos. Se tornarán tímidos, no nos perderán nunca de vista y se estrecharán contra nosotros como polluelos que buscan el abrigo del ala materna. Nos temerán y nos admirarán. Les enorgullecerá el pensar la energía y el genio que habremos necesitado para domar a tanto rebelde. Les asustará nuestra cólera, y sus ojos, como los de los niños y los de las mujeres, serán fuentes de lágrimas. ¡Pero con qué facilidad, a un gesto nuestro, pasarán del llanto a la risa, a la suave alegría de los niños! Les obligaremos, ¿qué duda cabe?, a trabajar; pero los organizaremos, para sus horas de ocio, una vida semejante a los juegos de los niños, mezcla de canciones, coros inocentes y danzas. Hasta les permitiremos pecar — isu naturaleza es tan flaca! —. Y, como les permitiremos pecar, nos amarán con un amor sencillo, infantil. Les diremos que todo pecado cometido con nuestro permiso será perdonado, y lo haremos por amor, pues, de sus pecados, el castigo será para nosotros y el placer para ellos. Y nos adorarán como a bienhechores. Nos lo dirán todo y, según su grado de obediencia, les permitiremos o les prohibiremos vivir con sus mujeres o sus amantes y les consentiremos o no les consentiremos tener hijos. Y nos obedecerán, muy contentos. Nos someterán los más penosos secretos de su conciencia, y nosotros decidiremos en todo y por todo; y ellos acatarán, alegres, nuestras sentencias, pues les ahorrarán el cruel trabajo de elegir y de determinarse libremente.

Todos los millones de seres humanos serán así, felices, salvo unos cien mil, salvo nosotros, los depositarios del secreto. Porque nosotros seremos desgraciados. Los felices se contarán por miles de millones, y habrá cien mil mártires del conocimiento, exclusivo y maldito, del bien y del mal. Morirán en paz pronunciando tu nombre, y, más allá de la tumba, sólo verán la oscuridad de la muerte. Sin embargo, nos lo callaremos; embaucaremos a los hombres, por su bien, con la promesa de una eterna recompensa en el cielo, a sabiendas de que, si hay otro mundo, no ha sido, de seguro, creado para ellos. Se vaticina que volverás, rodeado de tus elegidos, y que vencerás; tus héroes sólo podrán envanecerse de haberse salvado a sí mismos, mientras que nosotros habremos salvado al mundo entero. Se dice que la fornicadora, sentada sobre la bestia y con la "copa del misterio" en las manos, será afrentada y que los débiles se sublevarán por vez postrera, desgarrarán su púrpura y desnudarán su cuerpo impuro. Pero yo me levantaré entonces y te mostraré los miles de millones de seres felices que no han conocido el pecado. Y nosotros que, por su bien, habremos asumido el peso de sus culpas, nos alzaremos ante ti, diciendo: "¡Júzganos, si puedes y te atreves!" No te temo. Yo también he estado en el desierto; yo también me he alimentado de langostas y raíces; yo también he bendecido la libertad que les diste a los hombres y he soñado con ser del número de los fuertes. Pero he renunciado a ese sueño, he renunciado a tu locura para sumarme al grupo de los que corrigen tu obra. He dejado a los orgullosos para acudir en socorro de los humildes.

Lo que te digo se realizará; nuestro imperio será un hecho.

Y te repito que mañana, a una señal mía, verás a un rebaño sumiso echar leña a la hoguera donde te haré morir, por haber venido a perturbarnos. ¿Quién más digno que Tú de la hoguera? Mañana te quemaré. Dixi.

El inquisidor calla. Espera unos instantes la respuesta del preso. Aquel silencio le turba. El preso le ha oído, sin dejar de mirarle a los ojos, con una mirada fija y dulce, decidido evidentemente a no contestar nada. El anciano hubiera querido oír de sus labios una palabra, aunque hubiera sido la más amarga, la más terrible. Y he aquí que el preso se le acerca en silencio y da un beso en sus labios exangües de nonagenario. ¡A eso se reduce su respuesta! El anciano se estremece, sus labios tiemblan; se dirige a la puerta, la abre y dice: "¡Vete y no vuelvas nunca..., nunca más! Y le deja salir a las tinieblas de la ciudad". El preso se aleja.»
